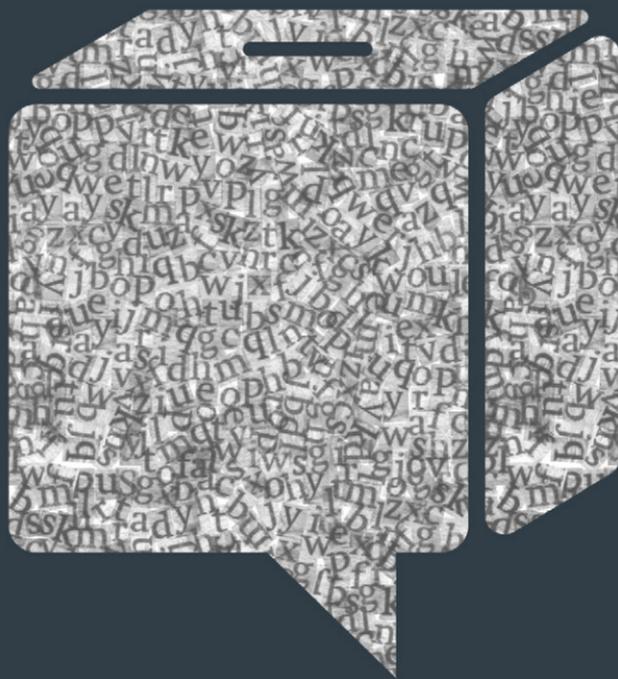


COMISIÓN
ESTATAL
ELECTORAL
NUEVO LEÓN

CEE 



CRÓNICAS Y RELATOS

DEL PROCESO ELECTORAL 2017-2018

CRÓNICAS Y RELATOS

del proceso electoral 2017-2018

CRÓNICAS Y RELATOS

del proceso electoral 2017-2018

COMISIÓN
ESTADAL
ELECTORAL
NUEVO LEÓN



COMISIÓN ESTATAL ELECTORAL NUEVO LEÓN

Consejero Presidente

Dr. Mario Alberto Garza Castillo

Consejeras y Consejeros Electorales

Mtra. Miriam Guadalupe Hinojosa Dieck

Ing. Sara Lozano Alamilla

Mtra. Claudia Patricia de la Garza Ramos

Mtro. Luigui Villegas Alarcón

Lic. Rocío Rosiles Mejía

Mtro. Alfonso Roiz Elizondo

Secretario Ejecutivo

Lic. Héctor García Marroquín

CRÓNICAS Y RELATOS

del proceso electoral 2017-2018

© Comisión Estatal Electoral Nuevo León

Avenida Madero 1420 poniente,

C. P. 64000, Monterrey, Nuevo León, México

www.ceenl.mx

© Autores: Nohemí Hinojosa Rivera, Luis Ernesto

Mendoza Ovando, Javier Jáuregui Arroyo, Guadalupe

Alonso Alvarado, Cecilia Gabriela Espinosa González,

Marcos Augusto Flores Flores, Daniela González

Fernández, Myrna Idalia Lucio Saldívar, Meliza Medina

Reyes, Norma Leticia Ramírez Cancino, Abiel Elías

Rodríguez Banda

ISBN: 978-607-7895-33-6

ISBN (versión electrónica): 978-607-7895-32-9

Editado e impreso en México, 2019

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ÍNDICE

| | |
|----------------------------------|----|
| Mensaje del Consejero Presidente | 9 |
| Mensaje del Jurado Calificador | 13 |

Trabajos ganadores

| | |
|--|----|
| PRIMER LUGAR | 17 |
| Las piezas del rompecabezas van tomando su lugar <i>Nohemí Hinojosa Rivera</i> | |

| | |
|---|----|
| SEGUNDO LUGAR | 31 |
| Brigada <i>Luis Ernesto Mendoza Ovando</i> | |

| | |
|---|----|
| TERCER LUGAR | 41 |
| Barrio nuevo y funcionario de casilla en la elección 2018 <i>Javier Jáuregui Arroyo</i> | |

Menciones honoríficas

| | |
|----------------------------------|----|
| Tarjeta INE INSEN | 55 |
| <i>Guadalupe Alonso Alvarado</i> | |

| | |
|---|-----|
| Mi participación en el proceso electoral | 61 |
| <i>Cecilia Gabriela Espinosa González</i> | |
| El desengaño | 71 |
| <i>Marcos Augusto Flores Flores</i> | |
| Mi participación en el proceso electoral | 77 |
| <i>Daniela González Fernández</i> | |
| Mi participación como Capacitadora | 87 |
| Asistente Electoral | |
| <i>Myrna Idalia Lucio Saldívar</i> | |
| ¡Necesitamos partícipes! | 97 |
| <i>Meliza Medina Reyes</i> | |
| Mi participación en el proceso electoral | 105 |
| <i>Norma Leticia Ramírez Cancino</i> | |
| La elección más grande. ¡No! | 111 |
| ¡La más grande oportunidad para...! | |
| <i>Abiel Elías Rodríguez Banda</i> | |
| Jurado Calificador | 121 |

MENSAJE DEL CONSEJERO PRESIDENTE

La construcción de una ciudadanía de 365 días, además de ser uno de los ejes estratégicos de la Comisión Estatal Electoral, es necesaria para la democracia en Nuevo León, la cual marcha con el impulso de dos motores: el de la democracia representativa y el de la democracia participativa. En este sentido, resulta muy importante para nuestra institución la presentación de las crónicas y relatos que resultaron triunfadores en el concurso del proceso electoral 2017–2018.

La convocatoria se dirigió a todas las personas participantes en el pasado proceso electoral con residencia en el estado de Nuevo León:

- Funcionarias y funcionarios de las Comisiones Municipales Electorales, de las Mesas Auxiliares de Cómputo, de las Mesas Directivas de Casilla,
- Personal operativo (Supervisoras y Supervisores Electorales y Capacitadoras y Capacitadores Asistentes Electorales),
- Observadoras y observadores electorales,
- Representantes de partido político y de candidaturas independientes,
- Integrantes de la sociedad civil organizada,
- Y, por supuesto, las y los electores.

En esta edición del concurso se abordaron las siguientes temáticas: «Mi participación en el proceso electoral», «Oportunidades de mejora en el proceso electoral» y «¡Fui parte!, primera Consulta Popular en Nuevo León». Se recibieron trabajos de 74 personas residentes de municipios como Agualeguas, Apodaca, García, General Escobedo, Guadalupe, Iturbide, Juárez, Linares, Melchor Ocampo, Monterrey, Sabinas Hidalgo, Salinas Victoria, San Nicolás de los Garza, San Pedro Garza García y Santa Catarina. Los rangos de edad de las y los autores son de 18 a 19 años (seis personas); de 20 a 29 años (28 personas); de 30 a 39 años (10 personas); de 40 a 49 años (12 personas); de 50 a 59 años (nueve personas); de 60 a 69 años (ocho personas) y 90 a 99 años (una persona).

En esta ocasión, el primer lugar correspondió a la obra titulada «Las piezas del rompecabezas van tomando su lugar», de Nohemí Hinojosa Rivera. El segundo fue para «Brigada», de Luis Ernesto Mendoza Ovando. Mientras que el tercer lugar fue para Javier Jáuregui Arroyo, con su obra «Barrio nuevo y funcionario de casilla en la elección 2018». Asimismo, recibieron mención honorífica Guadalupe Alonso Alvarado, Cecilia Gabriela Espinoza González, Marcos Augusto Flores Flores, Daniela González Fernández, Myrna Idalia Lucio Saldivar, Meliza Medina Reyes, Norma Leticia Ramírez Cancino y Abiel Elías Rodríguez Banda.

La Comisión Estatal Electoral reconoce a todas las personas que participaron en este concurso, así como a quienes resultaron galardonados. Agradece también el invaluable trabajo del Jurado Calificador, integrado por la Dra. María Lourdes del Refugio López Flores, el Mtro. Guillermo Berro- nes Castañón y el Lic. Héctor Jaime Treviño Villarreal.

De esta forma, y en aras del fomento de una ciudadanía de 365 días, este organismo electoral continuará con su compromiso con la democracia de México y de Nuevo León.

Dr. Mario Alberto Garza Castillo
Consejero Presidente
Comisión Estatal Electoral Nuevo León

MENSAJE DEL JURADO CALIFICADOR

Por segunda ocasión, la Comisión Estatal Electoral Nuevo León llevó a cabo el concurso de Crónicas y Relatos del Proceso Electoral. En esta edición, la convocatoria fue atendida por 76 participantes, cuyos escritos ofrecen una visión muy relevante del proceso electoral 2017-2018. Las aportaciones son significativas, particularmente, porque se trata de un nutrido grupo de colaboradores involucrados en diversas actividades, tanto de la preparación de la elección como del desarrollo de la Jornada Electoral.

La convocatoria impuso a los trabajos presentados la condición de apegarse al género literario, sin llegar a la ficción; pareciera que en esta combinación de géneros y temáticas es como se visibiliza la pertinencia e importancia de un concurso de este tipo. A partir del conjunto de trabajos recibidos es posible repasar el proceso electoral reciente en todas sus dimensiones. Desde las crónicas de los capacitadores sobre las vicisitudes de su trabajo, el entusiasmo de funcionarios de casilla por jugar un papel de trascendencia, hasta las preocupaciones externadas por varios participantes sobre el desempeño de candidatos y autoridades electorales. Esta variedad de tópicos representa una oportunidad para que las autoridades electorales evalúen su propio quehacer.

Pero hay otro aspecto que debe destacarse en proyectos de esta naturaleza: el compromiso y la creatividad del personal responsable de las tareas de educación cívica, para armonizar y encauzar el mandato de ley con las capacidades institucionales en la promoción de una cultura democrática.

Sin duda alguna, un concurso como este abre espacios de encuentro y expresión, tanto para ejercitar capacidades literarias como para desarrollar actitudes críticas frente al quehacer político. El desafío para todos no es solo mantener viva esta estrategia de formación y divulgación, sino también sacar el mejor de los provechos. Esto último significa que la lectura de los trabajos recibidos no se agote en los miembros del jurado ni se limite a las crónicas que se publican en este libro, sino que se extienda a todos los destinatarios posibles. Esta tarea apenas empieza.

Dra. María Lourdes López Flores
Presidenta del Jurado Calificador

TRABAJOS GANADORES

PRIMER LUGAR

Las piezas del rompecabezas van tomando su lugar

Nohemí Hinojosa Rivera

(Lorena Sanmillán)

La alarma del celular es la primera que cumple su tarea este día. El sonido me despierta temprano. Sonrío expectante. Este no es un domingo cualquiera. Sé que no seguiré mis rutinas dominicales como todos los fines de semana. No hay tiempo de remolonearme en la cama. Ni de leer los periódicos con parsimonia. Ni de hacer un café y tomarlo tranquila en el patio de mi casa. Tampoco bordaré. Hoy es el 1 de julio de 2018, hoy son las elecciones que más ha esperado México —las más publicitadas y polémicas— y me he anotado como Observadora Electoral. Para participar en el cambio nacional, primero tiene que darse un cambio a nivel individual. Ese es el primer aprendizaje que evidencia este día. No se puede hacer un cambio sin poner algo de nuestra parte, sin sacrificar o postergar lo individual en pro del bien común. Así lo haré.

Mi efeméride emocional del día es el aniversario de Germán Dehesa, quien hoy hubiera cumplido 74 y a quien disfrutaba tanto leer. Le he echado tanto de menos. Hizo mucha falta su pluma irónica y certera durante este proceso

electoral. ¿Qué le hubiera dicho al Bronco? ¿Qué hubiera comentado de la renuncia de Margarita Zavala? ¿Qué opinaría de Meade? ¿De Anaya? ¡Cuántos chistes hubiera hecho con Riqui, Riquín, Canallín! A nivel local, también nos hizo falta Rosaura Barahona, con su comentario preciso e informado. Agradezco la presencia de Ximena Peredo, Margarita Ríos-Farjat, Felipe Díaz Garza, editorialistas de *El Norte* que nos compartieron su mirada del proceso electoral.

Me harté de ser solo partícipe de Facebook o Twitter, aunque reconozco que también es una forma de participar. Sentí que no era suficiente opinar en las charlas de café. Sentí que no bastaba hablar sin hacer algo concreto. Quise hacer algo más. Quise participar vivencialmente para ser testigo en primera fila, por dejar un testimonio de lo que sucedía, para ver con mis propios ojos si se hacía fraude y AMLO, el esposo de Beatriz, volvía a hacer drama. Quise participar para abandonar la apatía que parece anquilosada en nosotros, los mexicanos, expertos en quejarnos pero reacios para actuar. Quise ayudar. Quise colaborar y me siento muy orgullosa de ello. Quise participar para que nadie me lo contara. La historia quise contarla yo.

La renuncia a mi comodidad de domingo también implica no abonarle piezas al rompecabezas que me regalaron una semana antes, con motivo de mi cumpleaños. Un rompecabezas cultural de México, de tamaño regular de mil piezas. Precioso. Está hecho para enamorarse de México. Muestra cada estado de la república con sus trajes típicos y los productos que identifican cada región. Los bordes están formados por los nombres de mexicanos ilustres: Frida Kahlo, Amado Nervo, Octavio Paz, José María Morelos, José Vascon-

celos, entre tantos otros. Ha sido una delicia encontrar piezas de las pirámides, del Chepe, el Cerro de la Silla, el Cañón de Sumidero. Ha sido increíble tener en las manos la grandeza de mi tierra. Repasé mis clases de geografía y renacieron en mí las ganas de recorrer el país completo. Pero no, este día no es para entretenerme poniendo piezas en una mesa. Hoy es necesario ir a poner piezas en el escenario real. Dejar mi pasatiempo egoísta para dar paso a la construcción colectiva de mi país. Renunciar un poco al yo para construir el todos y, en esta construcción del todos, obtener en recompensa un yo fortalecido.

Prendo la pantalla —no tengo televisión local, ya no es necesaria—, en YouTube diversos canales cubren en directo la emisión de votos de los candidatos presidenciales y de los demás participantes en la elección. Se ve mucha participación ciudadana, todo en orden. No se manifiestan quejas. La gente está saliendo a votar. Mi emoción va en aumento. Me pongo la camiseta, el gafete y la gorra que me identifican como Observadora Electoral. Ya estoy lista para comenzar mi papel en esta elección.

Busco información de las casillas cercanas a casa, para hacer un mapa, trazar mi ruta y comenzar a recorrerlas. Salgo de casa cerca de las nueve de la mañana. Llevo agua conmigo, pues el calor está inclemente y necesitaré hidratarme. Llego a mi casilla. Lo primero que me impresiona, es ver coches estacionados en la escuela, cuando de ordinario los domingos está vacía. Antes que nada, emitir mi voto, cumplir mi deber ciudadano, decir mi opinión.

Las prisas de la vida cotidiana hacen imposible la convivencia diaria entre vecinos; sin embargo, me da mucho gusto

saludarlos. Ven mi uniforme y me identifico como Observadora Electoral.

—Muy bien —dicen dándome la bienvenida.

La casilla está en la escuela Santiago Roel, a una calle de mi casa, en Jardines de la Linda Vista, Guadalupe, Nuevo León. En ese patio donde los niños juegan, ese patio que está poblado de risas y gritos durante toda la semana, ese patio donde hacen las asambleas que escucho mientras trabajo, ese patio donde los niños aprenden a convivir y ejercen sus primeros encuentros con la democracia, ese domingo inusual los adultos estamos ahí, haciendo fila.

Me dio mucho gusto contar delante mío más de 20 personas. Sentí la vibra de la participación ciudadana y me emocioné. No sé si el país entero salió a votar, pero me dio mucho gusto ver que mi barrio sí. Detrás mío también se iba formando gente. Como sucede en los funerales, los vecinos se saludan y se ponen al corriente de la vida de los demás. Las elecciones también son un acto social. Un hombre le explica a su hijo qué es lo que hace y lo conmina a participar. Los niños también saben que acuden a una fiesta cívica.

Toman mi credencial de elector y me entregan mis boletas. El salón donde los niños aprenden, fuera de reformas educativas y luchas de sindicatos, es el escenario para emitir los votos. En secreto y en silencio, en mi mampara, mientras de soslayo observo un póster que me enseña las vocales, emito mi voto. Voto por planes y personas, convencida de marcar mi cruz sobre los nombres que seleccioné. No voto por partidos, sino por ideas. Invalido mi boleta presidencial. Ninguno de los candidatos me representa. No me da el estómago para apoyar a ninguno de ellos. No obstante, no fue

una decisión fácil. Votar por el menos peor nunca fue mi opción. Además, nunca encontré el menos peor. Cada día buscaba una razón para convencerme por alguno, y cada día encontraba múltiples motivos para seguir con la convicción de anular. Ojalá los votos nulos contaran como muestra de desaprobación y se instaurara un nuevo sistema que permita invalidar la elección, o un mecanismo que haga que estos votos no sean desperdicio, ni, como se decía antes, ayuden al partido en el poder. Hace falta más información al respecto. ¿Qué pasaría si todos o la mayoría anuláramos? Por poner un ejemplo, ¿seguirá ganando el que obtenga siete votos aunque 20 anulemos?

Una vez que emito mi voto, me quedo a observar por un rato. Pregunto si hay alguna anomalía. No. Todo está en perfecto orden. No hay representante de Morena. Pregunto si saben dónde está la casilla más cercana y me informan que en el CECATI.

La tinta indeleble apenas se nota en mi pulgar, pero amérita su foto en Facebook. Al abrir el FB, observo, con mucho agrado, que muchos de mis contactos están acudiendo a votar y que el comentario es unánime: muchas filas, mucha participación y todo en orden. Sigo sonriendo. Aplaudo la participación ciudadana, espontánea. Les doy muchos *likes* y conmino a la gente a votar. Los ojos del mundo están clavados en el proceso electoral. Con tanto medio de comunicación ciudadano, será más difícil hacer fraude.

Vuelvo a mi coche, el agua que llevo está a punto de convertirse en caldo, pero es necesario hidratarse. Sudo a mares y apenas es mediodía. Comienza la aventura. Me dirijo al CECATI. Escucho las alertas de mis grupos de WhatsApp, las

dejo pendientes. Al rato las leo. En el CECATI hay más de 40 personas en fila. No reportan alguna anomalía. La gente se ve contenta. El palettero del barrio también está feliz pues ha tenido muchas ventas. Como si fuera una fiesta patronal o un espectáculo, los vendedores siguen su guion. Cada uno, desde nuestro papel, participamos en este suceso. Le pregunto si ya votó. Orgulloso muestra su pulgar, lo levanta en clara señal de triunfo.

De ahí voy a la casilla de la UPN. No llegaron los funcionarios oficiales. Tuvieron que hablarles a los suplentes. Los vecinos están molestos por la falta de los oficiales, pero contentos de participar. Me tratan con mucha amabilidad y siento un dejo de respeto. Celebro que el INE tenga aceptación entre la gente. Celebro que estemos confiando en el proceso electoral. La gente llega en silla de ruedas, con muletas, endomingados, perfumados, bien vestidos, fodongos que se forman enseguida de gente de traje. Hay un desfile de modas donde se aceptan todas las vestimentas, desde las cotidianas hasta las deportivas. Aunque solemos hacer gala del sentido del humor, no veo a nadie disfrazado. No veo tampoco mucha gente de blanco, como habían sugerido los de Morena. Quizá vienen del almuerzo familiar o van a la comida con la suegra. Vienen solos o acompañados. Todos vienen a votar. Desde mi corazón de pollo no puedo evitar emocionarme al ver a la gente participar. En sus ojos hay esperanza. Nadie parece forzado. Están aquí con una convicción. Esperan lo que tengan que esperar, no hay fastidio. No nos conocemos, pero nos saludamos y sonreímos. Sabemos que estamos haciendo algo importante.

En la escuela Adolfo Prieto refieren que han comenzado

tarde. Me siento un momento bajo la sombra de un encino. Reviso el WhatsApp, mis contactos también comparten su foto del pulgar, hasta los que menos imaginaba. Monterrey, Guadalupe, Apodaca participan. En esta escuela hay un problema porque es tanto el padrón que tienen que dividirlo en dos. Discuten y solucionan. Alguien hace un letrero y comienza a informar en la fila. Confían en sus vecinos. Volvemos a ser ciudad. Dos chicas se saludan ¡Nada más nos vemos en las elecciones! Comienzan su plática y la discreción me indica alejarme para que ellas disfruten su encuentro sin testigos.

—¿Es el chiquito?

—¡Ya está enorme!

El coche está ardiendo. El sol hace su trabajo previo a la canícula. Un ensayo del calor que se avecina. Nuestra pequeña dosis de infierno no detiene el ímpetu cívico. Doy vueltas alrededor de las casillas para ver si detecto algún camión con acarreados. No hay tal. Los ciudadanos acuden por su propia voluntad. En la escuela secundaria 108 turno vespertino señalan que todo va de forma normal. Quieren mostrarme lo que han hecho, se presentan todos conmigo. Agradecen mi visita. La transparencia es ciudadana, fuera de todo lo institucional. Van más allá de la amabilidad cuando me ofrecen agua, refrescos y comida de su refrigerio. Acepto el agua. Platico un rato con ellos. La fila no se detiene. Con excelente humor dan la bienvenida, se ponen de acuerdo para la jugada de la semana y se alegran de que ya se les haya pasado la gripa que tenían hace varios días. Algunas madres permiten que sus hijos depositen las boletas en la urna. Enseñan a los niños a ser participativos. Aún hay esperanza.

En la escuela Rafael Garza Livas abrieron a las 11:18 de la mañana porque no hubo tinta indeleble en el paquete que les entregaron. El Presidente de la casilla fue a pedir a otra. No hay pretextos. El proceso debe seguir. Los ciudadanos en la fila esperaron pacientes. No falta la vecina argüendera que organizó una taquiza mientras esperaban. Los mexicanos vivimos a tope nuestra paradoja: podemos hacer trampa si alguien se descuida, pero somos absolutamente solidarios cuando se presenta una necesidad.

Así, recorro varias casillas. Mi recuento es gente amable, participativa y respetuosa. Mi morbo se decepciona, pues no hay nada terrible que reseñar. Me siento muy contenta por mi país. Los problemas son mínimos y la gente los soluciona en el camino, sin argucias, solo con astucia para continuar. Saben que están haciendo algo importante. Saben la relevancia que tiene su trabajo. Más que emocionada, ahora estoy esperanzada. Esta es la gente que México se merece. Ojalá fuéramos ciudadanos de tiempo completo y no solamente en las elecciones.

Son las 15:44 de la tarde y tengo hambre. Voy a comer a un restaurante que me encuentro en el rumbo. Me quito la gorra, pero llevo la camiseta. El mesero viene a atenderme.

—¿Observadora Electoral?

—Sí.

—¿Y qué hace?

—Pues eso, observo —bromeo con él y después le explico brevemente en qué consiste mi trabajo.

—Qué bueno —dice el hombre, —hay que estar pendientes.

El restaurante está lleno. Reconozco algunos rostros que me he topado durante el día. A las actividades del domingo,

le sumamos ir a votar. Responsabilizarnos por el futuro del país. Las familias conviven. Esto es lo que llamamos vida y la vida es toda.

Mientras disfruto mis alimentos, recuerdo conversaciones, discusiones, me preocupa el país dividido, la desigualdad, recuerdo el primer mitin al que fui, a mediados de los años ochenta, cuando Fernando Canales Clariond buscaba la gubernatura de Nuevo León. Fue muy impactante para mí cuando cantamos el himno nacional en la Macroplaza recién estrenada. El pueblo cantando al unísono aquello que hace vibrar nuestras fibras más ancestrales. Esa fuerza no puede detenerla nadie. Yo tenía 12 años, pero ya tenía algo de conciencia de lo que era el poder político.

Pienso en Nuevo León. En la elección fallida del Bronco y en cómo los sucesos lo llevaron a ser gobernador. Realmente no lo queríamos a él. Se concatenaron una serie de eventos entrópicos y equívocos que lo llevaron a ser gobernador de un estado como el nuestro. Ivonne Álvarez no era opción. Fernando Elizondo declinó a su favor, después lo abandonó. Estábamos hartos de Rodrigo Medina —impresentable e improcesable— y Jaime Rodríguez brindó una salida, un espejismo. Se equivocaron quienes votaron por él. Por eso vuelvo a la importancia de los votos nulos. Ha sido una falacia su candidatura presidencial llena de vergonzosas trampas que él insiste en defender. Su vida política es un compendio de cinismo, aunque suene a pleonasma. Viene a mi mente Amado Nervo y su poema «Vale más errar creyendo... Vale más errar creyendo que errar dudando...». Quizá se repita la historia con el esposo de Beatriz, a quien se le adosan tantas esperanzas. Quizá yo le hubiera creído si él hubiera renunciado a ha-

cer precampaña, puesto que hace muchísimo tiempo que es el único candidato. Eso habría sido un claro indicio que hace las cosas diferentes. Pero no, se sumó a la simulación, volviéndose igual que todos. Me daría mucho gusto que pueda cumplir todo lo que ha prometido, aunque lo veo muy difícil. Me daría mucho gusto poder decir «Me equivoqué». México se merece ser el país que le ha prometido. Quienes creen en él se merecen que no los traicione. Tiene tanto en contra y no será una tarea fácil. Tampoco es trabajo para una sola persona, necesitamos poner de nuestra parte. La corrupción somos todos. «Es más de lo mismo», me digo, para terminar mi soliloquio. La verdad es una: México quiere un cambio. México necesita un cambio. México es maravilloso. México quiere que se escuche su voz interior.

Termino la comida y pido la cuenta. El mesero me dice que es cortesía. Me sorprendo y me niego.

—Dijo el patrón que no le cobráramos.

—Dígale al patrón que venga.

Me quiero negar y también se lo quiero agradecer. Me viene muy bien. En este país, aun con dos maestrías, apenas me puedo permitir el lujo de comer en restaurantes de vez en cuando.

Viene el patrón. Me niego a recibir el obsequio. El patrón insiste.

—Usted ha estado trabajando todo el día por nosotros, es lo menos que podemos hacer para apoyarla.

Le agradezco el gesto y nos damos un abrazo. Es lo más humano que me ha sucedido este domingo. Alzo un poco la voz y agradezco a los presentes el haber acudido a votar. La gente aplaude. Nunca pensé que ser Observadora Electoral

me daría tal satisfacción. Han alimentado mi cuerpo y también mi alma.

Vuelvo a las casillas que tengo cerca. En una de ellas faltan 50 personas para votar. Como son conocidos, les llaman por teléfono o por WhatsApp. Están cansados, pero se nota el entusiasmo. Comienzo a darles las gracias por participar a todas las personas que encuentro.

En otra casilla me pregunta un hombre dónde puede votar. Es foráneo. Le digo de las casillas especiales. Noto su desesperación y también me exaspera su falta de información. Con absoluta paciencia le indico que puede hacerlo en la Central de Autobuses y en algunos hospitales.

—A ver si alcanzo —me dice.

Toma su coche y va a ver si puede votar. Espero que lo logre.

Hay esperanza. Hay ganas de participar. Dan las seis de la tarde. Hay algunas personas aún haciendo fila. Los funcionarios indican «Hasta aquí». No hay trampas. Los que llegaron tarde aceptan. Solo algunos protestan. En esta casilla el criterio no es elástico. Cierran.

—Ni modo, chulita, te hubieras apurado— dice una vecina a alguien que va llegando.

Comienza el recuento de los votos, con la puerta y ventanas abiertas, aunque el *minisplit* apenas se dé abasto. Con total seriedad abren la primera urna. El Presidente invalida las boletas de quienes no han asistido. Los Secretarios y Escrutadores comienzan a acomodar los votos. Observo en silencio, aunque pudiera decirles algunas cosas que lo faciliten. Mi papel es solo observar. Sudan, están cansados, toman Coca-Cola y agua, están en lo suyo. Hay envolturas de galletas

y fritos a su alrededor. Tienen en sus manos la voluntad del barrio y actúan en consecuencia. Observo el conteo. Decido volver a mi casilla, a mi casa.

Me reciben con gusto. Vuelvo a saludarlos y animarlos. Tomo asiento en un pupitre escolar. Apenas quepo. El paso del tiempo convierte en recuerdo la vida. Realmente me siento muy feliz de verlos cómo hacen el conteo, cómo informan a los representantes de partido. Todo sucede con absoluto respeto y transparencia. Si no alcanzan a anotar, repiten lo que han dicho. Todos los presentes están conformes.

En mi casilla, en la elección presidencial, tiene 156 votos el PAN, 56 Morena, 41 el Bronco, 25 el PRI y hay un voto nulo, el mío. Fui la única que decidió que no podía votar por alguien. También eso cuenta. Los demás y las coaliciones, obtienen menos de 10 votos. Aplaudo el conteo. En la elección municipal, va ganando el PAN. Seguirán su conteo. Ya pasa de las 10 de la noche. Decido ir al centro de concentración municipal.

Llego al centro de concentración. Aún no ha llegado nada. Observo a muchos jóvenes participando. Me encanta. Nos saludamos. Nos abrazamos. Estamos sudados, olemos a un día de Jornada Electoral, hay restos de comida en algunas mesas. Ha sido un día muy largo. Hay una vibra interesante e intensa en todo este proceso.

Me avisan por mensaje que Meade ha reconocido el triunfo de AMLO. También me dicen que en Puebla hay problemas. Anaya también reconoce su derrota. El Bronco no ha ganado ni en la casilla de su barrio. Sucede algo inédito mientras recorro las calles del municipio que habito. La gente está interesada, viendo las noticias en la televisión. Los vecinos

comentan, platicamos en la banquetta. No me doy cuenta cómo pasa el tiempo. Ya son más de las 12 de la noche. Estoy cansada. Ya no puedo más. Ya no espero la llegada de los paquetes electorales. Regreso a casa. Me duelen los pies. Huelo a cabrito marinado. Me quito la camiseta que me ha acompañado todo el día. Huele a triunfo. Hemos vencido la apatía. Entro a mi estudio. El rompecabezas me habla. No resisto la tentación. Mientras escucho los conteos preliminares, acomodo algunas piezas. AMLO, virtual presidente electo, llega al Zócalo de la Ciudad de México y la gente lo aclama, al tiempo que le gritan «¡NO NOS FALLES!»». Se dice que ha participado más de 50% del padrón electoral. Siento, creo, atestiguo que las piezas del rompecabezas están tomando su lugar. ¡Felicidades, México!

SEGUNDO LUGAR

Brigada

Luis Ernesto Mendoza Ovando

Somos los mismos desde las firmas y ahora pidiendo votos. Yo manejo las redes sociales de la candidata. Mientras camino, entre casa y casa, respondo los mensajes dirigidos a Alejandra del Toro; son muchos para cualquier persona y no los suficientes —pienso porque a mis 23 años es la primera vez que hago esto— para una candidata a diputación local. «Ustedes son la dignidad con zapatos cómodos», alguien publicó en un video. No sé si nos vemos dignos, pero cargamos una inocencia irrefutable y no pienso que eso sea malo. Es más, me parece, por el contrario, poderoso. Cada vez que salíamos a las calles, la expresión *gastar la suela* me resonaba en la cabeza. En definitiva, se nos gastaba eso y muchas cosas más y al mismo tiempo parece que es inagotable. La esperanza, después de todo, es asintótica.

Pero, ¿cómo se ve la dignidad? Fatigada y sonriente. Desde que volvió el calor sudo mucho, se me meten las gotas por los ojos. Me fuerzo a sonreír porque los jóvenes nos debemos ver llenos de energía y vitalidad. Casi todos los que vamos

usamos lentes — ¿será que el privilegio causa miopía? — y ropa de marca. Unos sí y otros no, pero casi todos pasamos por la universidad (pública o privada), nos conocimos haciendo activismo en el tiempo libre y decidimos tirar a la basura las expectativas de nuestros padres para «recuperar la política para las personas» y «luchar por un futuro realmente nuestro».

—Javo, tú hablas, ¿va?

—Ta' bien, pues.

Golpea Javier una moneda de cinco pesos contra la reja. Los ladridos se intensifican, los perros se acercan y parece que, más que ladrar, ya gritan. Se les botan los ojos y tiemblan y empiezan a saltar y temo que le muerdan la mano a Javo. Nadie ha sido mordido por un perro en estos días, agradezco. Supimos que en otra campaña de la Wiki, sí, allá en Guadalajara, nos contaron que a una chava de la campaña de Kumamoto la mordió un perro en la mano. Luego recuerdo que sí mordieron a Juan Diego, pero supongo que se me pasó porque no fue para tanto.

Toc, toc, toc y resuena la moneda y la soledad.

—¡Bueeeenas! Nos podría regalar un minutito. Es bien rápido. Somos un grupo de jóvenes que queremos llegar por la vía independiente al Congreso de Nuevo León. No tenemos dinero y todos somos voluntarios. Queremos tener una diputada que sí nos represente. Ella es Ale, tiene 28 años, es la candidata. Es bien movida y pues somos puros chavos.

—¿De qué partido dices que son?

—De ninguno.

—¿Están con el Bronco, entonces?

—No, no, tampoco. Estamos usando la vía independiente porque es nuestro derecho y porque somos jóvenes y si los

jóvenes no hacemos por recuperar el futuro nadie lo va a hacer. Los que están ahí no lo van a hacer. Por eso estamos haciendo esto, sin un peso, bajo el sol. Podríamos estar quejándonos en las redes sociales, pero acá estamos: en las calles. ¿Le puedo dejar información? Mire este arbolito es el que va a salir en la boleta. No se olvide de tacharlo. Solo va a estar en la de diputado local.

Es cierto que no siempre llegué tan lejos en la conversación. Hubo ocasiones en que en cuanto escuchaban de qué iba me gritaban:

—¡Yo no quiero saber nada de política!

La mayoría de las veces accedían a platicar y confirmé que del umbral de la puerta puede salir cualquier personaje. Generalmente eran señoras y casi siempre eran mayores.

—Esas son las tuyas, Luis —me decía Diana y se reía—. Eres el encantador de viejitas.

Algo había de cierto: mido 1.66, uso lentes y habló con corrección, tengo un involuntario encanto de monaguillo.

Las señoras eran en definitiva mis vecinas favoritas. Nos contaban que habían creído y luego no. Nos contaban que habían hecho lo que nosotros y que no había servido de nada. Eso sí, nos decían que no nos desalentáramos, y cuando estaban los hijos en casa no faltaba el reproche «¿Y tú por qué estás echadote?». Nos insistían que nos cuidáramos mucho porque en México matan estudiantes —como los tres de Jalisco que torturaron hasta la muerte y luego disolvieron— y más si se meten en la política.

Hablé con más extraños de los que una vida permite y no sé cuántas veces les repetí estas palabras. El mismo guion sonaba casa tras casa, puerta tras puerta, sonaba de mi voz y de

otras voces. Lo escribí, lo vi mutar, lo muté yo mismo y hasta lo soñé. Lo repetí tantas veces que temía que las palabras de tanto decirlas ya no significaran nada.

Sin embargo, cada conversación era única. Las había robóticas a través de un interfón. Las había a gritos buscando ganarle con la voz al maldito perro que ladra. Las había en la sombra del pórtico, en el patio y hasta dentro de las casas. Bastaba una sola mirada de ilusión como para poder repetir el guion 500 veces más. Les digo que la inocencia es poderosa.

Una vez duré 40 minutos convenciendo a una señora de que me dejara tomar su firma para que Ale pudiera aparecer en la boleta. Se llama Flor Emma, vive más o menos por el Ancón del Huajuco, y trató de todo para que me largara.

—Todos dicen lo mismo, creen que una está pendeja, pero no. A ver a ti te pagan por hacer esto, ¿dónde está tu patrona? Te tiene de pendejo asoleado y tú que te dejas.

Así empezó nuestra interacción y la verdad es que la paciencia —esa que solo puede ser producto de defender una idea— mueve montañas. Con paciencia fue abriéndose y descubriendo que de verdad estábamos (estamos) dementes.

—¡Ale, ven! Una vecina quiere hablar contigo.

Le preguntó de todo, por qué quería ser diputada, por qué no se había casado, si había tendido su cama ese día.

—No te cases, hija, yo enviudé hace dos años y no puedo hacer ya nada. No sé manejar, no puedo dar mis vueltas sola, todo lo hacía con él. Se murió el cabrón y me dejó inútil.

A la puerta nos aparecíamos dos extraños y pienso que lo inusual de la actividad atraía más actividad atípica. En otra brigada por la colonia Altavista una señora lloró en mis brazos —¿se llamaba Beatriz?— porque le iban a quitar la casa,

porque no podía pagar la deuda, porque su carro yacía inerte desde hacía seis meses sin batería, porque vivía en una casa vacía en una zona fífi, porque su marido tenía demencia senil, porque tenía que vender chiles rellenos para sobrevivir, porque sus hijos no le respondían las llamadas, porque tenía que vivir esa tragedia personal y al mismo tiempo la tragedia colectiva de las elecciones. La confianza germina de forma instantánea cuando hay ganas de creer y se abre paso, como flor en el pavimento.

—No sale nadie, Javo. Vamos a seguirle. ¿Ya le pusiste ahí en la hoja que no nos abrieron?

—Sí, sí, ya le puse.

Camino y pienso que ya van siendo muchas las anécdotas que acumulamos. No hablamos de ellas en brigada, a menos que nos haya pasado en ese momento. No hablamos mucho, no hay tiempo, hay que hablar con la mayor cantidad de vecinos posible y hay que hacerlo antes de que lleguen los otros.

Hay muchos otros en las calles. De entrada, están los Testigos de Jehová y viéndolos aprendí que la única manera de justificar el estar en las calles de Monterrey es mediante un acto de fe. Creo que nos espantábamos «la clientela». En esta ciudad somos medio reacios a abrir la puerta y atender. Nadie abre y si abre no lo hace dos veces en la misma mañana. Cruzamos las calles de la Moderna y nos acordamos de cuando en la Buenos Aires nos topamos con los Testigos y nos ofrecieron *La Atalaya*. Yo les invité a votar por Ale y me dijeron que no votan porque las personas, como tales, no podemos sino corrompernos y entonces cualquier forma de gobierno les parece inútil. No voy a negar que se me esfumó

la sonrisa de forma instantánea y cambió por una mueca de confusión. Pienso que, con o sin proclividad a la corrupción, alguien tiene que cambiar las luminarias.

—¿Les gustaría llevarse información? —nos acerca la revista *Atalaya*.

—No gracias, yo leo de ciencia —respondió Javo, ajeno al guion de conseguir votos.

La magia del trabajo voluntario es que, para bien, o para mal, vuelve todo sincero. Y no culpo a Javo, el sol de Monterrey hace perder los estribos y además estábamos muy enojados. Sí nos movía la ilusión de ser jóvenes, pero también la rabia de sentirnos tan ignorados (y digo «tan» porque pues sí, en un país como México uno entiende que cierto nivel de indiferencia es tolerable y hasta necesario). Caminábamos y nos encendía la rabia de ver a nuestra competencia hacer lo mismo y lo de siempre. Nos daba rabia que no les importara y a lo mejor era porque en su actuar como siempre iba implícita nuestra irrelevancia.

Todos los candidatos de todos los partidos seguían un ritual carnavalesco que rayaba en el insulto visual. Juan Villoro escribió que en México hay tres tipos de basura: orgánica, inorgánica y electoral y aquello era el *performance* del desecho. Batucadas que nadie pidió, uso —seguramente ilegal— de los éxitos de radio transformados en *jingles* de campaña, mochilas pagadas con dinero público y estampados borrosos, calcas pegadas sin permiso, folletos aventados por montones a las cocheras de las casas. Papeles y papeles con propuestas que nadie cree que se cumplan. Papeles de partidos ecologistas que dicen que protegerán los cerros de la deforestación.

Seguimos caminando por las calles con nombres de frutas —¿era Manzano o quizá Durazno?— y damos vuelta en la esquina. Vuelve el ritual. Toc, toc, toc.

—¡Buenaaaaaas!

Abre y todo va bien. Martha o Mary era el nombre de la señora. Nos dice que ella ha sido muchos años enlace del PRI y que nos va a ayudar a activar a toda la colonia. Dice que no han elegido candidato y que la convencimos, que se ve que hablamos con el corazón. Le mandamos un videíto de Ale por Whatsapp y nos dice que contemos con su voto y el de toda la cuadra. ¿Se puede hacer otra cosa que no sea creer? Lo hacemos como ciudadanos y no se nos quitó la maña de creer ahora que estamos del otro lado.

Por otra parte, qué difícil deshacerse de los partidos. Ya son dueños hasta del paisaje. En las ventanas de las casas van dejando su rastro, es como una metáfora extraña del Ángel Exterminador. No hay sangre de cordero en las puertas, pero pues ahí están las calcas de Maderito, candidato del PAN, junto a las de Maderito, candidato del PVEM. Ahí están nombres que me son ajenos con eslóganes repulsivos y están repetidos hasta tres veces, y lo único que cambia es el desgaste que le imprime el paso del tiempo. Ese desgaste que lo padece la propaganda y también nuestra esperanza. Ahí están tantos que pasaron, prometieron y volvieron en forma de noticia de desfalco y corrupción. Tantas ventanas que terminaron vueltas un catálogo de impunidad. Y encima tienen el descaro de decirnos que somos iguales.

—¿Te acuerdas cuando nos topamos con el candidato?

—Sí, güey, se mamó.

Él iba con una cuadrilla de trabajadores regalando mochi-

las con un enorme tucán impreso al frente. Tocaban enérgicamente la puerta de cada casa mientras sonaba al fondo una canción de reggaetón con la letra reescrita para fines de campaña.

—¡Aquí andamos en lo mismo! —nos dijo con una efusividad extraña.

—Pues no exactamente —contestamos Javo y yo cuando lo vimos afuera de un Súper siete.

Le tendimos la mano e hicimos un silencio para que la incomodidad lo invitara a irse. Nunca sabré si lo que dijo fue porque de verdad pensara que era lo mismo, espero que no.

No abren. No abren. No abren. Seguimos caminando y vemos que ya van a ser las dos de la tarde. Buscamos a Roberto, checamos el Whatsapp para ver su ubicación en vivo. Lo alcanzamos a ver a lo lejos. Está hablando con una familia y un señor tiene un carrito con frutas. Nos dejan pegarle una calca al carrito y nos ponemos felices porque es algo que nos pasa más bien poco. Ahora tenemos un vocero heroico que lleva nuestro mensaje de democracia distinta y también lleva frutas de temporada con chamoy. Llego tarde a la plática, pero escucho que batallan mucho con el gobierno. Les hacen pagar por permisos confusos, más de una vez, si no les quitan el carrito de la fruta. No les dan ningún papel, ni ninguna garantía. El truco, dicen, es estar pagando.

Ya nos vamos y nos vamos satisfechos. La colonia nos recibió bien. No nos abrieron en todas las casas, pero nos decimos que quien sí abrió se quedó convencido y dispuesto a pasar la voz.

El día de la elección, en esa sección, de las 395 personas que fueron a votar, solo 25 votaron por nosotros. Del total

de la elección obtuvimos poco más de 4%. Gastamos como una quinta parte de lo que gastaron los partidos. Ni una sola persona recibió un sueldo ni una promesa por trabajar en esta campaña. Defendimos el voto con 60 voluntarios. Nuestros voluntarios capacitaron a la gente pagada de los partidos y les rogaron a los funcionarios de casilla que no se fueran, que terminaran el trabajo. Al final no solo no ganamos, perdimos desastrosamente y, sin embargo, no me arrepiento de ni un solo día de campaña. Los números no mienten, pero tampoco lo dicen todo. Seguimos enojados con lo que hay y seguimos esperanzados en que otra forma de hacer política es posible. Sí, somos los mismos, pero también creo que poco a poco somos más.

TERCER LUGAR

Barrio nuevo y funcionario de casilla en la elección 2018

Javier Jáuregui Arroyo

Debido a los frecuentes viajes y prolongadas estancias en el estado de Veracruz, y a que por motivos de trabajo me he visto en la necesidad de vivir ahí en los últimos 14 años, no había desempacado por completo ni acomodado los pocos muebles transportados a la nueva aunque antigua casa —construida en el año 1968—, que meses atrás había comprado, en la colonia Adolfo Prieto, dentro del municipio de Guadalupe, Nuevo León, cuando una tarde de sábado, a finales del mes de abril, estando con las rodillas y los pies enterrados en la grama del jardín, desyerbándolo y haciendo espacio para que llegara el sol a la tierra, veo que se detiene en el portón frontal de la casa un señor de mediana estatura, bien rasurado y con bigote a la Luis Aguilar, sudando a chorros y con un clásico chaleco y gafete que lo identificaba como representante del Instituto Nacional Electoral. Mi primer pensamiento fue algo así como: «¡Ándale!, David; con este visitante se caen tus premoniciones agnósticas y

augurios astrológicos: ¡te encontraron!». Cabe aclarar que mi hijo menor es quien se llama David, y con 30 años de edad, pregona que es tal su suerte (no sabe si buena o mala) que está seguro que nunca lo van a insacular para participar en las votaciones, ni llamar al servicio militar en caso de guerra (es muy lector de historia contemporánea). Con la convicción de que la notificación que traían era para mi hijo, me levanté de la tierra y apartando rosales, jazmines y albahacas me dirigí a darle la bienvenida al funcionario electoral. Ya frente a él, y con los oídos preparados para escuchar el nombre David Jáuregui como la persona que buscaba, muy grande fue mi sorpresa al enterarme que el insaculado no era mi hijo, sino yo mismo.

Sumergido en mi extrañeza —y es que ya me habían llamado para el mismo servicio en las dos elecciones anteriores—, y como si en el interior de mi cabeza se librara un duelo entre dos voces que me hablaban alternadamente, dándome razones para aceptar, una de ellas, y motivos para negarme, por el otro lado; oyendo pero sin escuchar al señor Jaime X, estuve varios segundos. Salí de mi marasmo cuando el señor Jaime dijo algo de «...servicio a sus vecinos». «¡Es cierto!», pensé, esta es la oportunidad para conocer y que me conozcan los vecinos en este barrio de casas amplias y antiguas al que recién he llegado con mi familia y en donde tal vez hasta nos vean como «infiltrados». Así que acepté; no inmediatamente, claro, sino que me hice un poco del rogar, pues si no es en estos momentos cuando uno se puede hacer el importante, nunca lo será. Argüí que viajaba constantemente, que ya me habían elegido para esa misma función dos o tres veces pasadas, que era un adulto mayor cansado, que el IFE

y ahora INE ya me habían agarrado de ojeriza, que... etcétera. Lo más incongruente —ahora lo recuerdo y me apena decirlo—, era que yo mismo deshacía tales objeciones utilizando las mismas palabras con que me trataba de convencer el señor Jaime. Después de casi 40 minutos de hablar con él y que derivó en una conversación sobre la agreste y añorada Sierra Mojada, en Coahuila, por fin plasmé mi firma de aceptación en la notificación.

Por mis viajes a Poza Rica, Perote y Las Vigas, Veracruz, no fue sino hasta principios de junio que pude tomar, en las instalaciones de la Universidad Pedagógica Nacional o UPN, unidad Guadalupe, las sesiones de capacitación y simulacro. Al ser aficionado a la lectura de libros nacionales y extranjeros, creo muy justo reconocer en este punto la altísima calidad del material impreso entregado a todos los participantes insaculados. La blancura y tersura del papel en la que se imprimió, la calidad de tintas (empecé mi carrera de químico precisamente formulando tintas para artes gráficas), la redacción clara y comprensiva del texto, más su buena encuadernación, son de primer mundo. Me recordaron los libros de texto gratuito que recibía en los años sesenta en la escuela elemental, que de portada llevaba a una mujer morena auténticamente mexicana vestida de blanco y con una bandera en la mano.

En cuanto a la capacitación, debo mencionar la siempre buena actitud y disposición de los capacitadores. Su afán de hacernos entender la función e importancia de cada uno de los distintos actores que participaríamos en la Jornada Electoral del 1 de julio, desde el Presidente de casilla, hasta los Escrutadores, sin olvidar el trabajo crítico y de-

terminante de los Secretarios, nos hacía creer que éramos de verdad bien suertudos por haber sido llamados. Con los cuadernos a un lado, cerrados y, por supuesto, sin leer; solamente escuchando al o la funcionaria electoral el tema a tratar, tal vez fue esa convicción (¿excesiva?) imbuida en nuestro cerebro referente a la facilidad de la función de cada quien en la próxima jornada, aunado al hecho tristísimo y por todos conocido de que los mexicanos constituimos uno de los países donde menos se lee, que aunque nos invitaran a repasar los textos entregados en casa, esos libros se quedaron sin abrir y mucho menos leer, en 99% de los casos. Como Presidente de casilla lo pude constatar el día de la elección.

Las idas a las sesiones de capacitación y simulacro fueron siempre muy agradables. A ellas me acompañaba mi esposa, pues habiéndose enterado por el señor Jaime de que muchas personas insaculadas se negaban a aceptar su nombramiento, y de que otras ni siquiera le abrían la puerta, se ofreció a participar voluntariamente en el funcionamiento de casilla. Fue así como ella fue designada Secretaria, pero en casilla contigua a la mía. Al acabar las sesiones de capacitación salíamos de los salones como chiquillos juguetones cuando salen después de clases, riéndonos de cualquier cosa, bromeando con los capacitadores y con los libros bajo el brazo, como aprovechando estos momentos para permitir que nuestro yo infantil —que se mantenía debajo de capas y capas de años y de recuerdos—, reviviera, así, brevemente siquiera, tiempos muy pasados, aquellos de cuando éramos escolares.

El tiempo pasó y no sin algo de dificultad pude encuadrar mis estancias en Veracruz y mi venida a Monterrey para

estar presente en la casilla el día de la elección. Para asegurarme de que ninguna pequeña tragedia pudiera impedirme estar aquí ese día, solicité con tiempo la contratación de un joven aprendiz a quien enseñé las técnicas más básicas e indispensables de monitoreo en la planta y laboratorio de control. Con esa seguridad fue como el viernes 29 de junio, a las 14:30 horas, tomé el autobús AU de Perote a la Ciudad de México. Aunque estaba ligeramente nublado, pude saludar a los majestuosos colosos del Pico de Orizaba, la Malinche y el Iztaccíhuatl. Luego de un rápido transbordo a otro autobús en la ciudad de México, llegué a Monterrey a las 09:00 horas del sábado 30.

El día 1 de julio amaneció caluroso y despejado. Después de acarrear la papelería a la UPN y habiéndonos reunido y presentado uno por uno, a eso de las 07:30 horas, solo cinco de los seis funcionarios titulares —el Secretario de lo federal no asistió—, y dos Suplentes, me disponía a tomar la primera decisión: ¿quién de los dos Suplentes —un hombre y una mujer—, se quedará para reemplazar al faltante? Cuando en eso recibí una llamada de nuestro CAE, el señor Jaime. Luego de atenderlo, fui informado por el funcionario Ricardo que el Suplente varón se había retirado argumentando que un asunto familiar muy urgente reclamaba su presencia en casa. ¿Verdad o mentira? Nunca lo sabremos, pues esta persona no se presentó ni siquiera a emitir su voto.

Después de integrar al equipo a la Suplente, la señora Martha, y reacomodar otros puestos (el joven autista, por ejemplo, no podría con el papel de Secretario de lo local; el Secretario de lo federal no asistió y el señor Ricardo se veía demasiado listo y ágil para dejarlo solo como Escrutador). El

equipo de casilla quedó integrado, además de quien escribe actuando como Presidente, de la siguiente manera:

- Secretario de lo federal: Ricardo R., (originalmente Escrutador) estudiante de Comercio Internacional. Muy vivo e inteligente. Al principio muy bromista y juguetón, pero ya después de iniciado el trabajo, serio y responsable.
- Secretaria de lo local: la señora Martha C. (originalmente Suplente); ama de casa y jefa de familia, además de empleada vendedora en una zapatería. Estudios de Secundaria.
- Primer Escrutador: Alejandro, empleado nocturno de Oxxo y comerciante diurno en tianguis. Secundaria incompleta. Activo, pero con el sueño «*atrasado*».
- Segunda Escrutadora: la señora Eustolia, ama de casa y viuda, 64 años; desde un principio me pidió que no le diera tareas en las que tuviera que contar o escribir; nos acompañaba con su sonrisa. Primaria incompleta.
- Tercer Escrutador: Gustavo E.; estudiante de preparatoria técnica con trastorno del espectro autista y, por tanto, cualquier cosa que le pidiera hacer demandaba mucha atención y paciencia.

Difícilmente se podría disponer de un equipo más heterogéneo en edades, personalidades, capacidades y escolaridad. Este era mi equipo. Mentiría si dijera que antes de empezar el armado de las urnas y empezado a llenar las actas de inicio, continuaba con el mismo entusiasmo que sentía en el alba de esa mañana. Durante un instante me sentí solo; solo y teme-

roso de que no tuviéramos la capacidad para cumplir con la tarea cívica que habíamos aceptado voluntariamente. «¿Pero qué necesidad tengo de estar aquí, en medio de este marco y con este compromiso?», pensé. Escapar era muy fácil. Afortunadamente, el sol de la mañana y su recordatorio de que por él estaba vivo; la visión de los vecinos que ya hacían cola, confiados en nuestra «habilidad» para conducir y cuidar su voto, y la imagen esperanzadora y animosa que me envió mi esposa desde la casilla contigua, me hicieron comprender a todas luces la evidente dificultad y la serie de retos que, para llegar a la meta, nuestro equipo, por su misma naturaleza, necesitaría vencer.

A la voz de la compañera Presidenta de la casilla contigua y apenas acabando el armado de las urnas, arrancamos la votación. La señora Eustolia fue colocada como «anfitriona» al inicio de la fila de personas, y fue muy valiosa pues conocía a todos los vecinos votantes. Se le instruyó para que en base a la credencial de elector de cada quien, les indicara, con una charla familiar no oficial incluida, a qué casilla dirigirse. Ella se sentía realizada con esa tarea que, aunque no estaba dentro de los lineamientos, ayudaba a los votantes —en su mayoría gentes de 60 y 70 años—, a ubicarse y hacer de ese domingo una jornada en verdad amigable.

El joven Gustavo empezó entintando el dedo pulgar de los votantes, pero por su continua concentración en sus propios temas, allá muy adentro de su conciencia, le pedí que se plantara frente a la urna de presidente y vigilara que los votantes metieran en ella únicamente la boleta correspondiente o los corrigiera. Estuvo ahí solo media hora y luego fue a sentarse junto a nosotros, así que cada 30 o 40 minutos le

recordaba dónde estaba su posición, a la que iba para volver cada vez en menos tiempo, hasta que opté por dejarlo en paz, nada más calentando la silla en la mesa de funcionarios de casilla, eso sí, muy tranquilo y serio.

En cuanto a Alejandro, debido a su desvelo de la noche anterior, se metía en microsueños con el cuerpo escurrido en la silla y la cabeza echada para atrás cada vez que se interrumpía el flujo de votantes. Yo se lo permitía —aunque causaba algunas risas en los funcionarios de la casilla contigua—, porque comprendía que venía de trabajar toda la noche en el Oxxo de Ruiz Cortines y Anillo Vial. Alejandro fácilmente pudo no haber asistido a cumplir con su compromiso y, sin embargo, con todo y su sueño y su fatiga, ahí estaba él. Debido a las dificultades para completar y organizar al equipo de funcionarios, más el posterior armado y conteo de las boletas electorales, empezamos la votación un poco más de media hora después de las 08:00 horas, cuando por supuesto, los votantes puntuales y tempraneros en la fila, todos ellos adultos mayores y encabezados por el señor Santos, mi vecino de adjunto a mi casa, ya estaban muy inquietos. Sonreía para mis adentros al parecerseme esa una fila para efectuar un trámite ante el INAPAM más que una para votar.

Las horas de votación transcurrieron sin incidentes. Se aprovechaban los momentos libres para llenar las múltiples actas que tanto en lo federal como en lo estatal teníamos que realizar. En esta parte tuve que dividirme en dos para hacer la función de la señora Martha, Secretaria estatal, pues se le dificultaba grandemente llenar las que le tocaba. Por lo que tocaba a Ricardo, el responsable de llenar y cumplimentar las actas federales, el problema no radicaba tanto en la com-

prensión de las mismas sino en que se pusiera a hacerlo, pues fácilmente caía en divagación con su celular, con la señora Martha o con conocidos votantes.

A las 18:00 horas y como estaba previsto, al no haber ni una persona más con intención de votar, cerramos la votación y empezó la parte final de la jornada: el conteo, escrutinio y cómputo de votos con su asentamiento en las actas. Tal y como seguramente lo previeron los señores consejeros y asesores electorales, el excesivo número de partidos políticos y sus coaliciones hacían difícil el conteo y clasificación de votos, aun con el empleo de «la sábana» o plantilla diseñada para este efecto —tan larga como la mesa de un comedor familiar de ocho personas—, la que tendimos en el suelo y sobre la cual íbamos colocando los votos correspondientes a tal partido, candidato, o coalición, y los asegurábamos de no ser volados por el viento, y colocarles encima una piedra del jardín o una botella de agua. Los representantes de partido e independiente, que se habían mantenido alejados de la mesa de votación, llenándose de frituras y refrescos, ahora sí nos rodeaban y hasta atosigaban no solo con su bulto físico, sino con sus continuas indicaciones de dónde debería de ir tal o cual voto. Esto fue hecho con los votos de lo federal y se siguió con los de estatal.

En otra parte, mientras, estaba Gustavo separando los «Sí» y los «No» de la Consulta Popular. A él tenía que acercarme muy frecuentemente porque por cualquier motivo —el paso de una moto o ambulancia, una mariposa que se posaba en las papeletas, un zancudo que le rondara o la voz alta de alguien—, detenía su actividad indefinidamente y había que reencauzarlo. A las 19:00 horas la señora Eustolia se levantó

de su silla y con voz decidida se despidió de nosotros. Se lo permití porque su presencia no aportaba nada al cierre de la casilla y... ¿quién va a negarle a una señora mayor cansada el permiso de retirarse?

A las 20:00 horas y dejando inconclusa su tarea, Gustavo se fue, llevado por su mamá que había estado pendiente de él como si fuera uno más de los observadores, desde las 15:00 horas. La señora Martha, a su vez, alegando que al día siguiente tenía que despertarse y levantarse a las 04:30 para ir al trabajo, y todavía «hacer lonche» al llegar a su hogar, se fue a las 21:00 horas. Alejandro, por su parte, solicitó permiso para ir rápido a traer un lonche a su casa, y aunque prometió solemnemente regresar a la brevedad, ya no volvió a aparecer. Así fue como nos quedamos solo Ricardo y el que escribe, trabajando de manera frenética para concluir la misión a la que nada más faltaba tener todas las actas llenas, entregar las copias correspondientes a los demandantes de ellas, acabar lo de la Consulta, llenar las mantas, publicarlas, y acomodar la papelería respectiva en los sobres correspondientes y estos en su debido maletín. En esto nos dieron las 00:30 horas. A esa hora vimos cómo los de la casilla contigua levantaban su tendido y se iban todos; a mi esposa le pedí que también se fuera a casa a descansar, aunque me decía que se quería quedar para ayudarnos.

Ricardo, el único que me acompañó hasta el final, con todo y su juventud se mostraba muy agotado y ya con incipiente mal humor. Yo, más por orgullo propio que por convicción, quería mostrarle todavía ánimo, viveza y energía. «Que vea y constate que la gente grande se sabe partir el alma para cumplir con sus compromisos», pensaba. Poco

antes de las 01:00 horas despedí a Ricardo y le agradecí todo su apoyo, dándoles a su papá y mamá, que habían ido a recogerlo, mis felicitaciones por tener un hijo tan dedicado y responsable. Claro que tan pronto como se hubieron esfumado al final del corredor las figuras de él y sus padres, me desinflé y caí exhausto en la primera banca que encontré.

Casi a las 02:00 horas, mientras esperaba al vehículo que transportaría los paquetes electorales a su destino, con la compañía a ratos del señor velador de la UPN, y habiendo llegado nuestro CAE, el señor Jaime, pude al fin descansar arrullado por el ruido muy leve de las ramas de los álamos y cipreses que abundan en la institución, al pasar por ellas el viento fresco de la noche. En esos momentos volví a sentir lo que hacía 50 años, cuando después de un examen sabe uno que todo el esfuerzo y apuro ha tenido su recompensa, comenzando con la satisfacción de un trabajo bien hecho. Como una película vi pasar en mi mente las ocasiones en que antes había participado en estas jornadas electorales, siempre en escenarios y situaciones diferentes, con los hijos de diferentes edades y la casa en una y otra parte.

Me di cuenta y con toda certeza de que la actual constituía la última elección en la que había de participar como funcionario de casilla, y esto no nada más por probabilidad matemática (¡cuatro veces elegido para participar ya sería un desajuste!), sino porque de aquí a tres años, en el siguiente suceso electoral, tendría ya 68 años, y aunque todavía estaría dentro del rango de edad de sobrevivencia, muy seguramente la mecánica de elecciones irá a ser muy distinta a las actuales: identificación facial y voto electrónico para empezar, más todo eso con lo que la famosa inteligencia artificial,

para bien y para mal, está alterando el mundo. Si bien no me simpatiza mucho, tampoco le tengo miedo a la nueva tecnología que está invadiendo a la actividad humana en todas sus esferas, y en la próxima querría más bien ir a votar llevando de la mano a mis nietecitos, mirando a las nuevas generaciones sentadas en donde yo ya he estado, alentándolos a seguir hasta el final, mostrándoles en mis canas y arrugas las metafóricas «heridas de guerra» adquiridas en la lucha que es la vida, e imaginando que uno de ellos que están ahora sentados en la mesa, o uno de los pequeñitos que llevo en la mano, bien pueda ser, en un futuro que a lo mejor ya no me será dado vivir, el que esté con su nombre plasmado en la boleta como aspirante a la Presidencia de la hermosa, inigualable y siempre bien amada República Mexicana.

MENCIONES HONORÍFICAS

MENCIÓN HONORÍFICA

Tarjeta INE INSEN

Guadalupe Alonso Alvarado

Soy doña Lupita, nací un 10 de septiembre de 1929, de rancho y familia muy humilde del estado de Tamaulipas. Debo agregar que con exactitud no sé mi edad ya que cuando era pequeña mis padres no tenían para pagar el registro, sino que después de tres años me registraron dando la fecha de nacimiento como si fuera ese día, así que esa es mi edad más tres años. Crecí en un pueblito llamado El Breve, en Tamaulipas. Nunca fui a la escuela, mi vida fue juegos, risas y mucho trabajo, pues ayudaba a mis padres; no sabíamos nada de registrarse para votar ni de ningún proceso electoral, pero veo ahora que todo ha cambiado.

Cuando era joven, tendría mis 18 años, me vine trayendo en brazos a mi madre, pues no podía caminar y el doctor del rancho se mudó a la ciudad de Monterrey. Fue aquí que el señor doctor me dio trabajo y techo para vivir, por allá por Guerrero y Reforma. Él me dijo que tenía que tener mi propia credencial de elector para hacer trámites y fuera mi identificación oficial. Así lo hice, y me dio resultados, pues

me ayudaba a identificarme ante la sociedad.

Recuerdo que el día que fui a sacar mi credencial para votar fue en una casa de una colonia antigua en Monterrey. Ha cambiado hasta el día de hoy, ya que acompañé a mi nieta a tramitar su credencial. Nos tardamos mucho, y no sabíamos que los papeles deberían de ser en original, y vaya que fue casi la hora de espera. Tuvimos que regresarnos otra vez y posponer la ida de nuevo, cuando mi hija me dijo «Mamá, deja hago la reservación por internet». Me dijo eso y yo no sé nada de esas cosas... veo que en un ratito hizo todo y después me dijo «Listo, mamá, ya pueden ir este día y esta hora con esta papelería en original». Y así fue; no tardamos ni 20 minutos cuando se logró tomar la foto.

Pienso, como abuelita y persona de la tercera edad, que la vida no debe ser complicada. Uso la tarjeta fería para pagar el transporte, pues ahí mismo debería de estar mi credencial de elector que se pueda renovar cada cinco años, con nuestros datos actualizados, porque llegase a pasar un accidente y con el registro de la tarjeta se sabe domicilio, teléfonos, qué hospital tengo, mi edad y ahí mismo nos puedan depositar la ayuda del INSEN, tantas cosas que se pueden hacer con una tarjeta del adulto mayor. Mi hija me dijo que la nueva credencial de mi nieta ya cuenta con código de barras y eso es muy bueno, pues se evitan las largas filas cuando uno va a votar.

Recuerdo que mi madre nunca fue a votar, pues en el rancho no sabíamos nada de eso y éramos muy pobres, mis hermanos y yo carecíamos de muchas cosas, pero nunca carecimos de amor y unidad como familia. Hoy valoramos mucho a la familia, los valores como seres humanos, pues el mundo avanza muy deprisa, la corrupción está en cualquier

lugar que se le deje entrar. En el corazón del hombre reside el bien y el mal; lo importante es tener esperanza de tener un mundo mejor.

Deseo comentar que, cuando me vine del rancho a la ciudad, la primera en sacar su credencial de elector por medios antiguos fui yo; después mis hermanos se vinieron uno a uno a vivir conmigo, pero como éramos muchos tuve que rentar una casa más grande en la colonia Moderna, por allá de 1949, y acá se casaron mis hermanos. En todo momento les dije que sacaran su credencial para votar con fotografía. Aún recuerdo los pelos que se le paraban a mi hermano Herminio, por eso le agarraba su cabello chino y se lo estrujaba a manera de saludo, nunca se le compusieron y así salió en la foto. Ellos me decían que cómo sobreviví en la ciudad; pues cuidándome de todo y respetando a todos. Recuerdo que cuando me dieron mi credencial para votar iba caminando por la calle saludando a los maniqués que estaban en los aparadores y les decía «Buenos días, señorita. Mire ya tengo mi credencial». Ahora me río... qué pensarían las personas de antes...

Cuando conocí a mi esposo, él trabajaba en una tintorería por la calzada Madero. Recuerdo que me gustaba escucharlo atender a las personas con amabilidad, y nos casamos. Él ya contaba con su credencial de elector y me invitó a participar yendo a votar, las filas eran enormes y no me impedía el ir a hacerlo, pues de mi voto dependía la democracia del país, y así lo hicimos.

Nunca salimos a las playas del sur, solo a la de Matamoros, pues la familia crecía y crecía. Tuve la fortuna de tener 15 hijos y a todos les enseñé a tener conciencia de valorar sus

raíces y a su país y su buen trabajo. Siempre ha habido filas largas desde que recuerdo, y mis hijos fueron jefes de casilla y fueron correctos al contar.

Me gustaría que ahora nos ayudaran a solo picar un botón y ya dar nuestro voto, porque no es fácil con la edad andarse moviendo buscando la casilla. Así uno se cansa más, y a algunos amigos que ya no pueden caminar se les facilitaría mucho, y que la credencial del INSEN sea la misma para votar.

Nuestro país requiere de grandes personas que den cambios a la historia, que ayuden a que con buenos procesos se haga eficiente el ir a votar o tramitar la credencial de elector. Ahora tengo la certeza de que algún día todo cambiará, y me alegro porque cada día es una oportunidad para crecer y para motivar a otros al cambio; que no dejen a la desidia el ir a tramitar su credencial para votar, porque eso los distingue de todos los demás, los identifica.

Como propuesta ya la he dicho antes: usar la misma credencial del adulto mayor para que sirva como credencial para votar con su folio y su código de barras, como me decía mi hija, y que cada persona cuente con ella; además de ser atendidos por doctores y se tengan descuentos para medicinas, sería un gran paso para todos nosotros. Algo así le dije a mi hija «Haz un dibujo de lo que pienso como propuesta». Hicimos varios diseños que cuando llegue el momento deseo presentar.

Soy una persona creativa y muy inquieta. Creo que mis hijas heredaron eso de mí, el luchar cada día con perseverancia. Ahora solo queda disfrutar y dar consejos a los jóvenes de lo que era nuestro país antes y ahora, y cómo pude ver el

hambre desde muy pequeña y todo lo que teníamos que hacer para ganarnos el pan de cada día, y cómo respetábamos a nuestros padres, que con solo una mirada sabías que habías hecho mal y que te iban a corregir... Ahora todo es distinto, no hay padre o madre que corrija con la mirada, la manera de ganarse el pan es hasta la mayoría y a veces ni eso, el respeto a los padres está por los suelos. Creemos que dándoles todo hacemos el bien, pero es todo lo contrario, entre más das más se te pide y se te ve como si fueras un cajero automático, como les dicen ahora... Al ir a votar quieren que les regales algo, si no, no quieren ir, ¿qué es eso? El ir a tramitar nuestra credencial sí debe de ser una obligación y pedirla para inscribirse a cualquier deporte, que es lo que les gusta a los muchachos. Si todos, padres, madres, instituciones apoyáramos al proceso electoral, todos tendríamos grandes beneficios.

Tengo más de 28 nietos y tres bisnietos, y cada vez que pasan los años pienso y pienso qué podemos hacer por nuestros familiares desmotivados para estas cosas de la votación, pero no es con tanta propaganda y publicidad, sino en las escuelas que se debe fortalecer el patriotismo, la perseverancia en los valores, en la familia, dándose tiempo para convivir y dialogar sobre a dónde iremos como mexicanos, y de qué manera mejorar como seres humanos. La tecnología aquí está, y de nosotros depende si la usamos para compartir o para dividir, si la usamos para acercarnos a los que amamos o nos alejamos, aunque estemos cerca. Si la usamos para nuestro bien como país, para mejorar las votaciones y nos ayuden a los adultos mayores, o la usamos para guardarse y olvidarse. Lo importante es no dejar de creer, de tener un buen sistema honesto y deseoso del cambio.



Guadalupe Alonso Alvarado

Cualquier propuesta siempre será buena si se desea para lograr motivar, mejorar y compartir información de cada uno de nosotros.

¿Quién eres tú? Enséñame tu credencial para votar...

MENCIÓN HONORÍFICA

Mi participación en el proceso electoral

Cecilia Gabriela Espinosa González

El día 1 de julio del año 2018 se llevaron a cabo las elecciones para elegir al nuevo presidente de México, así como senadores y diputados. Aunque es de conocimiento para la mayoría de los mexicanos que estas ocurren cada seis años, fue hasta esta ocasión que puedo presumir que fui realmente parte del proceso electoral. Resumiré el proceso en siete etapas, las cuales para mí fueron muy interesantes, además de que sin darme cuenta se convirtió en una experiencia muy divertida y gratificante. Inicié mi aventura como técnica electoral, donde conocí a mi primer compañero en el departamento de capacitación electoral, lugar en el que puedo decir que iniciaba la magia.

Etapa 1. Convocatoria

Mi primera tarea como técnica electoral fue dar a conocer a las personas la convocatoria que se abriría para ser parte del proceso como Capacitador Asistente Electoral (CAE) y Supervisor Electoral (SE). Las convocatorias estaban impresas

en grandes carteles, los cuales mi compañero técnico y yo pegábamos por toda la hermosa ciudad de Guadalupe. De la misma manera realizábamos la entrega de volantes, los cuales contaban con la información de la convocatoria y compartíamos personalmente con la gente.

Cada mañana del mes de noviembre arrancábamos la jornada en las oficinas del INE, y con ayuda de un mapa trazábamos la ruta que seguiríamos para pegar los carteles de las convocatorias y distribuir los volantes. Pegamos los carteles en locaciones como escuelas, tiendas, locales de comida e incluso casas estratégicas, contando con la previa autorización de los propietarios de estos lugares, por supuesto; los cuales la mayoría de las veces fueron muy amables con nosotros, portándose muy atentos con respecto a todo lo que tuviera que ver con el INE y el proceso electoral. Sin embargo, en algunas ocasiones mi compañero y yo tuvimos que lidiar con propietarios muy desconfiados, gruñones y un poco malhumorados. Estas situaciones hicieron surgir nuestros dotes de paciencia y diálogo diplomático, además de hacernos ver a nosotros mismos que poseíamos gran sentido de empatía y poder de convencimiento.

La mayoría de las veces lográbamos convencer a la gente de adentrarse un poco más, leer el cartel y pegarlo en su local. Mi compañero y yo formamos un excelente equipo, ya que lográbamos convencer rápidamente a los propietarios solo siendo amables y explicándoles las intenciones de la convocatoria. Al llegar a un nuevo lugar ambos saludábamos a las personas y les preguntábamos si podíamos pegar el cartel. Posteriormente, en los lugares donde las personas aceptaban, comenzábamos nuestro trabajo, y mientras mi

compañero platicaba con los propietarios recaudando los datos necesarios, yo pegaba el cartel. Al cambiar de locación invertíamos las actividades, y así sucesivamente durante la ruta trazada.

La estrategia para repartir los volantes fue visitar lugares concurridos como mercados, escuelas y cruceros. Abordábamos a la gente y le explicábamos la oportunidad laboral que había durante el proceso electoral, algunas personas se detenían a escucharnos ya que les interesaba el trabajo, otros pocos por amabilidad. Sin embargo, mucha gente nos pasaba de largo y nos ignoraba dejándonos con el brazo extendido, lo que realmente me desanimaba, ya que pones tu mejor sonrisa, saludas amablemente y tratas de captar su atención, pero ni te voltean a ver; después de eso jamás volveré a ignorar a las personas que me abordan para ofrecerme algo.

Y así transcurrió todo el mes de noviembre, trabajando en campo. Era la primera vez en la cual yo trabajaba de esta manera, y me pareció muy divertido ya que puedes sentir el entusiasmo al animar a la gente a participar. Sin embargo, es también algo agotador, pues después de varios «no quiero participar» esos ánimos van decayendo. El clima era otro factor que jugaba un papel importante en nuestra labor, ya que caminar varias horas en el sol extenuante es difícil, más si no obtienes los resultados esperados. Pero el equipo con el que tuve el gusto y la fortuna de trabajar hizo que, a pesar de todo, yo disfrutara cada parte de este proceso.

Etapas 2. Selección de SE y CAE

Al llegar el mes de diciembre, era el momento de ver cómo había rendido frutos nuestro trabajo de campo; ya que du-

rante este mes eran las fechas para dejar la papelería y participar en el proceso de selección para ser CAE o SE. Este proceso era sencillo para los ciudadanos debido a que, si cumplías con los requisitos de papelería, tenías la oportunidad de ir a una plática de inducción en la cual se explicaba a detalle el proceso y se entregaba una guía para después tener el derecho a contestar un examen, a partir del cual se decidiría quiénes serían supervisores y suplentes, o capacitadores y suplentes de acuerdo a su puntaje. Después del examen se realizaba una entrevista con los vocales encargados de los departamentos, la cual también se sumaba al puntaje y listo. Ahí se decidía quiénes serían los afortunados supervisores y los valientes capacitadores electorales.

Durante este periodo de recepción de papelería mucha gente acudió. Sin embargo, existieron algunas personas un poco volubles; y lo digo de esta manera ya que jamás olvidaré a un señor que se presentó con su papelería. Le pedimos su credencial de elector para verificar que no estuviera afiliado a ningún partido político, debido a que es un requisito muy importante. Mi compañero se la regresó, pero el señor tuvo que ir a sacar copia de un documento que faltaba. No obstante, cuando volvió con mi compañero alegaba que no le había entregado su identificación. El ciudadano se alteró y comenzó a gritarle a mi compañero en frente de toda la gente que esperaba su turno. Le decía que él había robado su credencial. Yo intervine tratando de apoyar y le pedí que la buscara correctamente entre sus pertenencias pues mi compañero estaba muy seguro de habérsela regresado. Después de buscarla no se encontró la identificación y le sugerimos sacar otra en el módulo. Él, molestó, accedió. Mi compañero,

no conforme con la situación, fue siguiendo el camino hacia donde el ciudadano se había dirigido anteriormente a sacar copias y justo ahí encontró la identificación del ciudadano tirada a medio camino. La tomó y logró regresarle de nuevo su identificación al ciudadano enfadado, el cual tuvo que disculparse. Sin embargo, todos ya estábamos algo asustados con su comportamiento y su desplante al enterarse que no tenía su credencial.

Etapas 3. Curso de inducción

Inicié el año 2018 con toda la energía necesaria debido a que se realizaron el examen y las entrevistas para los puestos correspondientes. Notificamos a las personas que resultaron seleccionadas para ser supervisores y a todos ellos se les dio un curso de inducción grupal. Al finalizar con el curso de supervisores se realizaron los cursos para los 139 capacitadores que fueron seleccionados de igual manera. Todos fueron presentados con su equipo y a cada técnico se le asignaron de seis a siete supervisores. Para este momento ya teníamos una nueva compañera, la cual se unió al equipo de capacitación electoral desde enero. Durante el curso de inducción y capacitación hubo mucho movimiento de capacitadores, ya que para algunos no era lo que esperaban y desertaban. Por suerte existían personas que anteriormente ya habían trabajado en otros procesos y daban consejos a su equipo.

Los días de curso eran largos, comenzaban desde las 07:30 a. m. y terminaban hasta las 09:00 p. m., por lo tanto, había dos turnos: en la mañana y en la tarde. Los técnicos a veces nos turnábamos para estar siempre presentes en los cursos. Sin embargo, a mí me tocó estar los dos turnos algunos días,

lo cual realmente fue cansado. La experiencia puedo considerarla muy divertida a pesar del tiempo. Di algunas presentaciones durante el curso y, sinceramente, lo disfruté, ya que hubo capacitadores que me felicitaron por mi manera de exponer los temas, algo que me puso de muy buen humor.

Etapa 4. Comienza la búsqueda de ciudadanos

Al terminar el curso de capacitación e inducción llegó el momento más esperado por todos nosotros. Llegó el momento de hacer la labor de buscar a los ciudadanos para notificarles que resultaron seleccionados para participar como funcionarios de casilla el día de las elecciones y entregarles su carta-notificación. Estas famosísimas cartas las imprimimos durante varios días, así que ¡no parábamos de imprimir! Nos turnábamos para siempre estar imprimiendo por la mañana y por la noche. Los supervisores nos reportaban las que habían sido aceptadas o rechazadas por los ciudadanos y nosotros lo pasábamos con las personas correspondientes y, por lo tanto, nuestras compañeras capturistas lo ingresaban en el sistema. Y así fue durante todo el tiempo de notificación.

Como técnica electoral tuve el placer de ir a observar algunas capacitaciones de ciudadanos, ya que si aceptaban participar como funcionario debían capacitarse para conocer sus funciones en la casilla. Esta parte también me pareció muy divertida y la disfruté mucho. Los capacitadores respondían dudas que probablemente en el curso ellos mismos habían tenido, una de ellas era: ¿qué se podía hacer en la casilla y qué no? Hubo capacitadores que leyeron el manual y se prepararon muy bien para exponer sus conocimientos y

responder dudas de los ciudadanos. Aunque debo mencionar que también existían casos contrarios en los cuales es probable que los ciudadanos se hayan confundido un poco.

Si algún ciudadano decidía no participar dejaban una vacante en la casilla que debía ser cubierta, así que el capacitador debía buscar entre los ciudadanos sorteados alguien que estuviera interesado en participar, y cuando se terminaba esta opción y no había nadie interesado, los técnicos debíamos apoyar a buscar a otro ciudadano del área que quisiera participar. De igual manera esta parte fue muy cansada pero muy divertida. Éramos un equipo de dos personas que íbamos a tocar a las casas y convencíamos al ciudadano. Fue difícil porque algunas personas nos daban un rotundo «no» y nos cerraban la puerta sin aún nosotros dejar de hablar o nos corrían de su casa, inclusive empezaban a renegar de algún partido político y nos decían que nosotros éramos parte de tal partido. Sin embargo, nos topamos también con gente muy dispuesta a colaborar, ellos esperaban con ansias que un capacitador fuera a buscarlos para ser parte de la mesa directiva de casilla.

En esta parte pude notar que algunos capacitadores no tomaron muy en serio su trabajo, puesto que no insistían mucho en encontrar al ciudadano o no trataban de convencerlo, o simplemente no lo volvían a buscar. Por mi parte creo que nosotros mismos deberíamos estar más conscientes de lo que implica ser parte del proceso electoral. A pesar de todo, y cuando el capacitador ya no encontraba más ciudadanos, los equipos que se formaron con técnicos y supervisores sí logramos animar a más gente a formar parte de las mesas directivas de casilla, y me siento muy feliz y orgullosa por eso.

Hay un caso en particular que recuerdo porque me alegró el día y me dio ánimos para seguir trabajando y caminando bajo el sol un sábado por la mañana. Llegué a una casa y salió un señor de aproximadamente 50 años, lo saludé, le platiqué que necesitábamos apoyo para completar la casilla y me dijo que él ya había participado y que en esta ocasión no lo haría. Sin embargo, me felicitó por lo que yo estaba haciendo, al ser tan joven (en realidad, no estoy muy segura si lo sea, tengo 25 años) y por tener una actitud tan positiva y una manera tan amable de expresarle la importancia de la participación ciudadana. Me comentó que de verdad esperaba que encontrara a alguien que quisiera participar, le agradecí y me despedí de él.

Etapa 5. Cierre de búsqueda para funcionarios de casilla

Un par de semanas antes de terminar el periodo de capacitación de ciudadanos, los supervisores y capacitadores estaban muy estresados y nerviosos, principalmente los que no tenían sus casillas completas. Por desgracia sucedía debido a que mucha gente se retractaba de participar unos días antes de las elecciones.

Etapa 6. Proceso electoral

El esperado día de la Jornada Electoral llegó y desde las 06:30 a. m. del domingo 1 de julio todo el personal del INE ya estábamos preparándonos. Mis compañeros y yo estuvimos recibiendo reportes de la instalación de casillas; se generaron ciertos percances debido a que los funcionarios no llegaban, y se tenían que tomar ciudadanos de la fila. Por lo tanto, hubo ciudadanos que se molestaron por la tardanza en abrir

las casillas. Ese día estuvimos recibiendo reportes todo el día hasta las 06:00 p. m., que se cerraron las casillas. Después de eso bajamos a recibir los primeros paquetes electorales, teníamos que anotar de dónde eran, la hora en que llegaban y revisar que estuvieran en las condiciones necesarias. Así continuamos hasta recibir el último a las 07:00 a. m. del día lunes 2 de julio.

Etapa 7. Después de la Jornada Electoral

Después de la Jornada Electoral, aún había mucho trabajo por hacer: abrir los paquetes, separar los documentos, revisar que estuvieran llenos con la información necesaria, clasificarlos. Al finalizar este trabajo se realizaron los conteos de los paquetes que no venían en las condiciones necesarias —que debo decir que eran muchos—. Por alguna razón, las personas no lograron terminar de integrarlos o no supieron cómo hacerlo, así que se volvieron a contar los votos de los paquetes. De la misma forma tuvimos turnos y equipos de trabajo con los supervisores y capacitadores. Estaba el turno de día, de tarde y de noche. Una vez terminando el conteo de votos, seguimos con el material que habíamos entregado en cada paquete electoral. Lo revisamos y lo acomodamos de nuevo. Y así se despidieron los supervisores y los capacitadores.

MENCIÓN HONORÍFICA

El desengaño

Marcos Augusto Flores Flores

La noche anterior no pude dormir. Me sentía nervioso; no sabía de esos procesos y nunca había participado. Consideraba que había cierta responsabilidad intrínseca, muy a pesar de haber sido voluntario para el proceso; de verdad me hacía ilusión de llevarlo a cabo. El brillo de la pantalla del celular reflejaba mi cansancio junto a lo que entendería a través de la noche: ninguna intención de conciliar el sueño.

—Hijo, levántate —escuché desde el otro lado de la puerta. Era la voz de mi padre, el primer llamado a la jornada.

Al llegar a la escuela, a la hora acordada, no podía dejar de pensar en que quería que ese día se terminara pronto. Llevaría a cabo la misma actividad por horas y la rutina es algo que nunca he sabido sobrellevar. Para desempeñar el cargo de primer secretario no me solicitaron ninguna aptitud o habilidad en específico; supongo que todos asumimos que la democracia es inherente a la sociedad actual.

Entonces me cantaron el primer *strike* con un notable retraso por parte de los demás funcionarios, corrimos el riesgo de no abrir la casilla.

Veinte minutos después de lo establecido llegaría la Presidenta de casilla en compañía de dos Escrutadores, aliviándome un poco, mas no relevándome de toda preocupación. Faltaban 10 minutos para comenzar la Jornada Electoral y nosotros todavía no nos encontrábamos listos para recibir a los votantes; aún había funcionarios de casillas pendientes por llegar. Estábamos a la expectativa.

Bastante molestas estaban ya las personas en la fila, pues los más madrugadores llevaban ahí más de una hora; a algunos de ellos les urgía votar para poder comenzar el día laboral, a otros les impacientaba comenzar con su rutina de domingo. Con la ayuda de un ciudadano suplimos uno de los puestos que nos hizo falta en la plantilla, y 25 minutos más tarde de lo esperado dimos por iniciado el proceso en nuestra casilla.

Me consta que los funcionarios habíamos sido capacitados semanas antes; una instrucción más bien escueta, al estilo simulacro, que dejaría mucho que desear frente a lo abrumador que resulta ser el día de las elecciones, con todos sus distintos microprocesos.

Unas elecciones que consideraba así de relevantes, de cara a la elección presidencial, establecieron un precedente de hartazgo en la ciudadanía. Como era de esperarse, la participación de los ciudadanos se limitaría a lo esencial, aún en comparación de otras campañas electorales.

Definitivamente pude observar un cambio en cuanto a los resultados en la estrategia de las instituciones electorales. La

jornada de este año fue muy distinta debido a las reformas en materia institucional que se hicieron en el año 2014: la confusión de funciones y facultades entre los organismos estatal y nacional orilló a la sociedad neoleonesa a tener un papel proactivo sobre un suceso que le es indiferente. Este desinterés no es gratuito: las elecciones suceden en lapsos muy espaciados entre ellas, y además no resulta un procedimiento demandante para los electores; es natural cierto nivel de descontento cuando la ejecución del mismo llega a ser más laboriosa.

No creo que debiésemos culpar a la ciudadanía por no comprender procesos que, si bien son parte fundamental de la estructura democrática de una nación, no involucran en su creación al ciudadano promedio. Las leyes no obedecen el comportamiento humano; solo intentan moldearlo, y así ¿cómo podríamos esperar que los humanos las conociesen a fondo?

—¡Para eso me gustaban! —externó una mujer con bastón.

—Creí que iba a estar aquí todo el día —dijo entre dientes una joven.

Como es costumbre en la Jornada Electoral, los primeros votantes fueron señoras embarazadas y adultos mayores y uno pensaría que es una buena forma de empezar el procedimiento, pero no. La Presidenta respondía a estas y otras expresiones de descontento con sonrisas y disculpas. Personalmente no habría sabido soportar estos comentarios, y por eso agradecí no estar al frente de la casilla; por nuestra parte, aun a sabiendas del retraso, pusimos especial empeño en respetar el orden del proceso. Este atropellado comienzo solo me hizo lamentar no haber dormido; pude prever el cansancio mental que acumularía el resto del día.

Persona tras persona, votante tras votante, como si nunca fuera a terminar la marcha electoral. Al no tener completa la plantilla de funcionarios, el frenético ritmo de trabajo no nos otorgaba tregua. No tuvimos oportunidad de almorzar o comer, hecho que contrastaba totalmente con los representantes de partido, que no parecían hacer otra cosa que no fuera engullir o quejarse.

El último voto en nuestra casilla se emitió después de fatigosas ocho horas y media; ilusamente consideramos que nuestro trabajo estaba llegando a su fin.

Me parece necesario recordar que algo que caracterizó estas elecciones fue la novedosa implementación de la Consulta Popular, pues fue algo que tomó por sorpresa a más ciudadanos de los que se esperaba. Esto se llevó a cabo para intentar legitimar la toma de decisiones en cuestión de políticas públicas. A manera de una pregunta simple, con respuesta de sí o no, se pusieron sobre la mesa temas y conceptos sobre los que la ciudadanía no estaba informada. El hecho de recibir más de cinco boletas resultó abrumador para el votante, que de por sí no está exento de cometer errores al momento de ingresar su voto en la urna.

Podemos decir que la formulación de las preguntas en la consulta ciudadana, como mínimo, era tendenciosa, pues orientaba en su respuesta al elector. Y no debemos dejar de lado que una de las dos preguntas que se presentaron había sido cancelada previamente, pero permaneció boleta.

En resumidas cuentas, la consulta ciudadana solamente cumplió la función de confundir al votante; cada que alguien la sostenía en sus manos, expresaba en voz alta «¿Y esta qué o qué?».

El dolor de cabeza me estaba matando: atender a los votantes no fue nada en comparación con escuchar las quejas y presiones de los representantes de partido.

Después de realizar el conteo de boletas sobrantes y verificar que todo estuviera en orden, procedimos a realizar el conteo de los votos emitidos; nos daban las diez de la noche y estos procesos seguían absorbiéndonos. Ni hablemos del llenado de actas, que debido a los errores, los reinicios y la meticulosidad necesaria para completarlos, hacían sentir la meta lejos de nuestro alcance.

Faltaba menos de la mitad del conteo, los representantes de partido empezaron a correr el rumor de que las elecciones ya tenían resultados definitivos en las encuestas de salida, así como en las casillas en las que terminaron más temprano sus funciones. Tal afirmación hizo sentir que mi encomienda, así como la de mis compañeros, no tenía sentido. Ya desgastados, y gracias al apoyo constante y pertinente del Presidente de la casilla contigua, pudimos terminar correctamente el llenado de actas y a su vez realizar la publicación de los resultados. Con eso, entregamos las copias de las actas a los representantes de partido y con ello dimos por terminada la faena, a las 12:30 de la noche.

Estaba comiendo un cereal por la mañana del día siguiente, cuando mi madre entró a la cocina.

—¿Estás viendo cómo va el conteo? —me preguntó con una cara de incredulidad.

—No —contesté apesadumbrado.

—Va ganando López Obrador —continuó con expresión de sorpresa.

—Ah, ¿sí? —pregunté, algo distraído.

—Sí, ¿quién lo diría? Ja, ja, ja, ja. ¿Crees que te queden ganas de ofrecerte de funcionario las próximas elecciones? —me cuestionó, con una ceja alzada.

—¿Sinceramente? No —respondí para seguir comiendo.

Un par de días más tarde, según el primer dictamen, teníamos noticia de que algunas casillas habían sido impugnadas debido a irregularidades con las elecciones municipales. Una de esas casillas fue la mía.

No pude más que reflexionar para mis adentros: es ahí donde uno se da cuenta de lo frágil que es la democracia en realidad. A pesar del esfuerzo que le impriman los elementos más visibles de la cadena, dentro de las entrañas de las instituciones siguen existiendo procesos que desconocemos y que, de seguir con esta mala fortuna, nunca sabremos reconocer.

MENCIÓN HONORÍFICA

Mi participación en el proceso electoral

Daniela González Fernández

Eran las primeras elecciones en las que iba a participar. Me daba mucho gusto ser parte de las elecciones más grandes de todo el país, en las que, por cierto, los jóvenes éramos mayoría. Las primeras elecciones en donde, además, aparecía un candidato independiente, cosa nunca vista anteriormente. Eran unas elecciones diferentes. Por lo menos eso parecía...

Era 30 de junio, acudí con Pavel a recoger nuestras credenciales de observadores electorales. Me agradaba el hecho de poder ser parte de cerca de un proceso tan grande como lo serían esas elecciones. Por lo visto a Pavel también. Salimos de la Comisión Estatal Electoral de Nuevo León sin rumbo fijo; no teníamos idea de a dónde iríamos a observar el proceso electoral al día siguiente para vivirlo más de cerca. Yo imaginaba vivir algo «terrible», como estar presente para el momento en que las urnas de alguna colonia pequeña fueran robadas, y entonces aparecer y estar lista para salvar el día. Tenía mucha emoción y muchas ganas de hacer lo justo, y de hacer de ese proceso uno de los más honestos y transparen-

tes para todos. Jamás imaginé, para ese momento, la verdadera historia que iba a tener lugar un día después.

Llegó el domingo 1 de julio, y con ello mi emoción por salir a votar por primera vez. Tanto que ni esperé a mis padres ese día; salí sola de mi casa sin siquiera haber almorzado y acudí a votar. La fila no era tan larga, pero sí tuve que esperar algunos minutos bajo el intenso calor de mi ciudad. Recibí mis boletas y entré a la casilla. Marqué a los candidatos de mi preferencia con mucha fuerza y con cuidado para que estos no fueran mal interpretados por quien le tocara contarlos. Salí con mi huella marcada de tinta indeleble y feliz me dirigí al carro para salir cuanto antes a casa de Pavel y pensar a dónde queríamos ir a vivir ese momento.

—Primero —dijo Pavel —vamos a que yo pueda votar, y en seguida nos dirigimos a donde tú quieras para observar.

Pavel era foráneo. Por lo tanto, no tenía una casilla fija, sino que debía acudir a una especial. Nos dirigimos por facilidad a la Facultad de Economía de la UANL, era un sitio que frecuentábamos y se nos hizo menos complicado llegar; nuestro plan era que tal vez podríamos dirigirnos después a la zona del Huajuco o aledañas a revisar cómo avanzaba el proceso electoral. Al llegar al punto de casilla especial, nos dimos cuenta de la gran cantidad de gente que se aglomeraba a las puertas; algunos se quejaban, otros se preguntaban qué harían, a dónde irían, algunos se enojaban. Lo que pasaba era evidente: las boletas se habían acabado. Acto seguido decidimos dar marcha atrás y buscar algún otro punto de los tantos que se habían establecido para ese tipo de votos.

—Disculpen, —una muchacha que se acercaba nos formuló —¿podría ir con ustedes a donde vayan a votar? Si no es

mucha molestia, puedo cooperar para la gasolina.

Pavel volteó a verme y como cosa planeada volteó a verlo a él. Decidimos acceder a su propuesta.

—Ven, iremos al aeropuerto.

La chica sonrió entusiasmada y decidió seguirnos y subir al auto. La plática fluía naturalmente. «¿Qué estudian?», «¿Cuántos años tienen?», «¿De dónde son?». Eran preguntas que saltaban de pronto y que parecían darle hilo a la lengua de aquella chica, quien se mostraba muy tranquila en el auto de dos perfectos extraños. Cada que Pavel o yo terminábamos de responder brevemente a sus cuestionamientos de rompehielos, le retornábamos la pregunta. Ella parecía no tener dificultad alguna en contarnos detalle a detalle por qué eligió ser enfermera, su edad, o los recuerdos que guardaba en su mente de su querida Tijuana; mucho menos en expresarnos, casi cada vez que le era posible, lo muy agradecida que estaba por habernos encontrado, por hacerle el favor de llevarla a ejercer su derecho al voto, y por supuesto, la gran alegría que llevaba en su corazón al ver que dos jóvenes como nosotros estuviéramos tan involucrados en algo tan importante para México como lo eran las elecciones. Yo volteaba a ver a Pavel, él volteaba a verme y sonreíamos; por dentro sabíamos que una aventura había comenzado.

Llegamos al aeropuerto, y al estacionarnos, corrimos a hacer fila. ¡Era enorme! Decidimos dividirnos para ir a preguntar y en paralelo tener nuestro lugar dentro de la muchedumbre. No sabíamos qué más hacer.

—Antes de separarnos, díganme sus nombres —dijo la chica.

Le dijimos nuestros nombres y le devolvimos la pregunta.

—Mi nombre es Angie —dijo.

—Angie, ¿qué tal si te formas mientras Daniela y yo preguntamos? —dijo Pavel. Angie asintió y se dirigió al final de la abundante fila.

Después de algunos minutos, nos dimos cuenta de que fallamos en el segundo intento. Las boletas no eran suficientes para tanta gente que se conglomeraba dentro de las instalaciones del aeropuerto. Buscamos a Angie, y al encontrarla, con decisión nos retornamos por la puerta principal, en búsqueda de otro sitio con casillas especiales para emitir el sufragio.

La plática fluía y fluía mientras recorriamos en carro toda la ciudad para llegar hasta un tal Sun Mall. Nunca ninguno había estado ahí, pero era la mejor opción, considerando que las casillas más céntricas de la ciudad ya estarían en la misma situación en la que estaban las dos locaciones pasadas que habíamos visitado.

Para ser honesta, Angie tenía muy buena plática. Nos contaba desde cómo era la vida en Tijuana hasta cómo decidió venir a vivir a Monterrey, sobre su trabajo, sobre sus constantes cambios de departamentos en el centro de la ciudad, sus *roomies*, y hasta de las cosas que pasaban en la iglesia a la que ella asistía.

Nosotros, con mayor confianza, decidimos abrirnos un poco con ella y comenzar a responder a su conversación con nuestras experiencias, pensamientos y creencias. Pavel le contaba también de su vida como foráneo en Monterrey, yo hablaba de lo mucho que me gustaba mi ciudad y les contaba sobre la danza, las prácticas profesionales que realiza-

ba, y la tristeza que me daba que los niños ya no jugaran con juguetes. Así tal cual, la plática era variada, no llevábamos un orden claro, pero es precisamente eso lo que me gusta de una conversación, el poder saltar de un tema a otro que nos apasione más (aunque guarde muy poca relación con el anterior), y saber que las personas con las que estás podrán aportar algo interesante. Eso me pasaba con Angie y Pavel.

La plática fluía y no existían silencios incómodos, tanto que el camino se hizo más corto (cuando en realidad era algo largo). Parecía que habíamos llegado a nuestro destino; Pavel estacionó el carro y nos bajamos al calor más intenso que hasta entonces había sentido.

Buscamos como locos las casillas especiales frente a un tal lago artificial. No encontramos nada. Un empleado del lugar nos dijo que había otro Sun Mall medio cerca de ahí y decidimos sin más demora recorrer los kilómetros que faltaban para llegar a él.

Era ya tarde, alrededor de las cuatro de la tarde. Ninguno de nosotros había desayunado, y por tanta vuelta, ni habíamos comido. Eso no parecía ser relevante al imaginarnos que ya estábamos muy cerca de nuestro destino, entonces podríamos comer en cualquier momento. El pensamiento positivo se esfumó cuando por fin llegamos al lugar y vimos una fila tan enorme que la gente enfilada salía de las puertas del *mall*.

Decidimos aplicar la misma operación en este tercer punto: Pavel y yo preguntábamos la disponibilidad de las boletas; Angie se formaba. Al paso de unos minutos regresamos con las malas noticias: también se habían agotado. La gente se estaba formando aun a sabiendas de que ya no daban abasto

con las boletas, ¡de verdad querían votar! Comencé a sentirme impotente de ver cuánta gente (de quién sabe dónde) llegaba desde lejos a votar. ¡Ellos querían emitir su sufragio!, pero había muy muy pocas boletas en cada casilla especial. No sabía qué pensar. ¿Quién es quien estaba mal: quién había puesto pocas boletas o quién no se había anticipado a llegar más temprano? Pero de igual manera, aunque todos llegaran temprano, esas boletas tendrían un fin, se acabarían, independientemente de la hora. Era mucha la población que quería votar. Esos eran algunos de los pensamientos que pasaban por mi mente, mientras mi estómago rugía suplicando por un bocado de comida.

Pavel y yo nos dimos media vuelta y decidimos buscar a Angie, que seguramente estaría en la fila esperando, ansiosa. Y así fue, la encontramos platicando ya con la gente a su alrededor. Parecía que esa mujer tenía mucho por contar, nunca estaba en silencio. Nos pareció gracioso. Decidimos interrumpirla para comentarle las malas noticias. Ella entristeció, pero le comentamos que nos quedaba entonces la última alternativa: ir hasta Linares.

Nos vimos en duda los tres al mismo tiempo; no sabíamos si ir sería una buena idea, pero teníamos en claro que emitir el sufragio era mejor opción que simplemente darnos por vencidos. Nos preguntamos si de verdad queríamos ir, considerando la distancia y que sería el cuarto punto a visitar; la respuesta después de unos cuantos segundos fue muy clara: sí queríamos ir (y de paso comer algo por allá).

Antes de comenzar el viaje, necesitábamos llenar el tanque de gasolina (después de menudo viaje por toda la ciudad) y llevar algunas provisiones de comida para el camino. Al lle-

gar a la gasolinera, el plan fue simple: Pavel ponía gasolina mientras Angie y yo nos bajábamos a la tienda de conveniencia a comprar algunos panecillos, agua y refresco.

Ya cansados, asoleados y hambrientos, nos dirigimos a Linares. Llevábamos también muchas esperanzas e ilusiones de poder alcanzar a llegar antes de que cerraran las casillas, pues la hora estaba ya cercana a que esto sucediera.

Pavel conducía hasta Linares mientras Angie seguía platicando. Esta vez hablaba del amor, de su pareja y hasta de mí y de Pavel y de cuántos niños deseábamos tener. Nosotros solo reíamos ante su cuestionamiento tan espontáneo. Angie estaba para entonces muy agradecida, constantemente nos decía qué tan feliz estaba por la oportunidad de seguir buscando un lugar donde por fin pudiéramos votar y que nos admiraba mucho por no habernos rendido. En realidad fue una total coincidencia que los tres tuviéramos las mismas ganas y la misma disposición de seguir buscando un lugar. Nunca ninguno desistió ante la posibilidad de no encontrar casillas especiales con boletas disponibles, y no imagino qué hubiera pasado de haber recogido a otra persona que nos dijera «mejor déjenme cerca de mi casa y continúen ustedes su camino», o si a Angie le hubiera tocado vivir la experiencia con un conductor que le dijera «ya no quiero seguir buscando otro lugar».

Creo que coincidimos en el momento exacto y con las mismas ganas de ser parte de esta gran historia del país. Creo que así es justamente como las mejores historias comienzan y creo que aún existimos gente a la que de verdad nos interesa el rumbo de nuestro país y compartimos la creencia de que el peso que tienen nuestras decisiones plasmadas en un papel

es importante para definir nuestro rumbo. Creo que la vida se encarga de juntar a ese tipo de personas, y eso fue lo que pasó aquella tarde calurosa de julio. La vida nos unió. México, sin quererlo, nos había reunido en el mismo punto para buscar hacer lo que es bueno. ¡Qué bendición el haber encontrado a Angie ese día! ¡Qué bendición que ella nos hubiera encontrado a nosotros!

Después de algunas horas de camino, y varios panes menos en las bolsas, llegamos a la Central de Autobuses de Linares. Desgraciadamente, ya estaban a punto de contar los votos. Ya no se emitió sufragio por parte de Angie ni de Pavel. Esta vez había sido yo la única en el trío que había ejercido su derecho y obligación. Me sentía feliz por eso, pero triste por ellos.

Como observadores electorales, Pavel y yo pudimos permanecer a darnos cuenta de que el proceso de conteo, aunque largo, fue realizado con justicia. Nos dio mucho gusto haber visto cómo todo iba tomando forma y lugar (por lo menos en una zona del estado). Decidimos, después de algunos conteos para varios puestos políticos, que era hora de cenar algo más sustancioso (al ser ya las siete treinta de la tarde). Cruzamos la calle de la central y nos decidimos a comer tortas. Lo que sea que comiéramos, sabíamos que lo disfrutaríamos, pues sería algo de lo poco que comeríamos ese día. Las tortas no eran muy buenas, pero cumplían con su principal función. No puedo negar que nos cayeron bien, porque así fue, de tanta hambre ya queríamos alimentarnos de lo que sea que se pudiese.

Para terminar la noche electoral, decidimos dirigirnos a la plaza principal de Linares a conocer. Es curioso cómo ter-

minamos en un pueblo totalmente desconocido en aquella noche. Era lo que menos estaba en nuestros planes, por lo menos en los míos. Tomamos algunas fotografías con Angie y comimos paletas de hielo. Todavía nos sentamos un momento a descansar y reflexionar de todo lo que vivimos. Alrededor de las nueve de la noche decidimos retirarnos.

Camino a Monterrey, con la luna a un costado, íbamos platicando muy a gusto (como en realidad fue todo el día desde tempranas horas). A Angie le causaba sorpresa cómo sacamos nuestros gafetes de observadores electorales cuando intentaron hacer que nos retiráramos de ahí para hacer el conteo. Le daba gusto que los jóvenes como nosotros estuviéramos interesados en el mundo de la política. Habló después, también de otros temas, como viajes, lugares elegantes para cenar y hasta de la risa burlona que tienen las hienas... pláticas de Angie.

Pavel prendió la radio, escuchábamos las noticias sobre las elecciones y el conteo de votos preliminares. Pasara lo que pasara, fuera el resultado que fuera, Pavel, Angie y yo, estábamos satisfechos de no habernos rendido y no haberlo dejado al «qué hubiera pasado si...». De verdad estábamos felices por ello.

No puedo decir que esta historia fue común porque no lo fue; pocas veces se unen tres almas con grandes ganas de dirigir los rumbos de nuestro país. A pesar de que nada de esto estaba en mis planes, puedo decir que aquel día, y en especial aquella noche, recorriendo la carretera, acompañados del sonido de los grillos, la luna y la buena conversación de Angie, lo superaron todo. Aun lo no planeado. Aun aquello «terráfico» que quería vivir días antes. Lo superó y lo valió todo.

Supimos entonces que, pasara lo que pasara, coincidencias como estas nos habían hecho ganar a nosotros mismos. Pasara lo que pasara, nuestra perseverancia había hecho ganar a nuestro país. Eran unas elecciones diferentes. Por lo menos eso parecía... y sí lo fueron.

MENCIÓN HONORÍFICA

Mi participación como Capacitadora Asistente Electoral

Myrna Idalia Lucio Saldívar

Comenzaré mencionando que soy ama de casa, tengo cinco hijos y la menor esta por alcanzar la mayoría de edad, por lo que pensé que es tiempo de apoyar en casa en lo económico, pues mis hijos ya son perfectamente autosuficientes. Además, siempre me ha interesado conocer un poco del proceso electoral, ya que ¿cómo puedo criticar el proceso si no lo conozco? ¿Cómo puedo exigir a mis gobiernos si no participo? Así fue como tomé la decisión de participar en este proceso que, por cierto, durante la primera junta informativa que nos dieron, me enteré que era considerado un proceso histórico y de mucha importancia, lo cual me entusiasmó aún más.

El día que fui a inscribirme para el concurso de selección solo recogieron mi papelería y me tomaron datos, recuerdo que era un viernes por la tarde y me dieron la instrucción de asistir a una capacitación y entrega de material para el examen el lunes siguiente. El sábado próximo sería el examen, por lo que yo tendría solo esa semana para prepararme, y me

pareció todo un reto aprender y retener la información contenida en la guía, ya que hacía años que no me había visto en la situación de estudiar para un examen.

Ese día solo hojeé el material, el martes no tuve oportunidad con los quehaceres de casa y un compromiso por la tarde, el miércoles comencé a estudiar y a descubrir la forma en las que se ganan las elecciones. Yo solo entendía que el que recibía más votos era el ganador, pero no, esto resulta ser todo un procedimiento, si es que se le puede llamar así; esto comenzó a abrirme los ojos y a entusiasmarme. Cada que llegaba mi esposo de trabajar, nos salíamos a caminar y el tema de conversación era el proceso electoral. ¿Qué hace el INE? ¿Por qué elecciones concurrentes? ¿Cómo tantas zonas geográficas electorales? ¿Para qué tantos funcionarios de casilla? Y otras más interrogantes que me iban surgiendo.

Para esta fecha mi hija también se había inscrito y me pidió que estudiáramos juntas y así lo hicimos los últimos tres días por las noches. El día del examen mi esposo nos animaba y nos decía que lo tomáramos con calma, y lo tomamos con tanta calma que creo que fuimos las últimas en llegar. Cuando entré al aula que me tocaba ya habían entregado los exámenes. Entregué mi documento de registro y me dieron mi examen, e inmediatamente comenzó el tiempo.

Casi terminamos igual mi hija y yo, y nos fuimos a casa comentando las respuestas.

Me agradó mucho saber que tuve un buen desempeño, pues quedé entre los primeros 10 lugares. Esto me animó mucho, puesto que no terminé mi carrera (Contador Público) y tenía ya muchos años solo dedicada a la casa, pues cinco hijos no es tan fácil; esto me dio confianza para continuar. Lo

que seguía después del examen era una entrevista en la que estuve algo nerviosa; sin embargo, creo que después de todo no salieron tan mal las cosas, pues cuando publicaron las listas de seleccionados, estuve dentro de la principal y no en la reserva o de plano en ninguna.

La primera reunión fue para agradecernos la participación, conocernos un poco y darnos a conocer en que ZORE (Zona de Responsabilidad Electoral) nos tocó, quien sería nuestro SE (Supervisor Electoral) y las ARE (Área de Responsabilidad Electoral) que nos correspondían a cada uno dentro de las ZORE.

El siguiente paso fue un curso intensivo de capacitación en donde observé que algunos compañeros, ya viendo y entendiendo la carga de trabajo, además de la complicación y complejidad del proceso electoral, decidieron declinar. Esto, lejos de desanimarme, me hizo sentir más segura porque sí entendía los temas, protocolos y procesos que íbamos a realizar en un futuro no muy lejano. Aprender y descubrir todas las instituciones que intervienen, las autoridades, cada vez me parecía más y más interesante.

Al llegar mi primer pago para mí fue un día de fiesta en casa; yo pagué la cena para todos. Cuando estoy contenta creo que contagio a mi familia, estaban todos en casa y el ambiente era muy agradable. Sabía que no es el dinero sino la actitud de tener un compromiso y una retribución por esto que es un buen logro, pues creo que es un ejemplo para mis hijos. Además, el contar con el apoyo de mi esposo me llevó a tener una autoestima más alta.

El volumen de ciudadanos que tendría que visitar para notificar era de aproximadamente 320 personas, de las cuales

se pretendía que 80 estuvieren dispuestos a participar, pues debería tener nueve personas por casilla para cuatro casillas.

El propósito de tener los 80 era asegurar la suplencia de personas que, por alguna razón (enfermedad, viaje o cualquier causa que se presentara), a mitad del proceso electoral ya no pudieran participar. Cuando recibí esta información, hice cálculos por la fecha que nos dieron para cumplir con esta etapa (llamada primera insaculación), según yo, eran alrededor de siete ciudadanos diarios los que debía visitar y notificar.

El primer día nos dieron la instrucción de visitar 15 ciudadanos, y comencé entre las 02:00 y 03:00 p. m., me pareció que en ese horario podría encontrar a las personas en sus casas. Al tocar en el primer domicilio, salió el señor que buscaba, para mi sorpresa molesto, pues dijo «qué casualidad que siempre salgo sorteado» y que además era de la tercera edad y por su enfermedad no quería participar. Se me venían a la mente algunos argumentos para persuadirlo, pero mis ojos me convencieron, pues hasta salió con un bastón para ayudarse a caminar y con un catéter; su enfermedad era evidente, por lo que, entendiéndolo su situación, no insistí más, y le pedí amablemente concretar la notificación con su negativa. Mi hija, muy animada, me acompañó en esa primera salida. Ya llevaba cuatro domicilios en los que no encontré a la persona, y los que encontraba no querían participar porque eran personas adultas y muchos tenían alguna enfermedad. Para mi sorpresa, al buscar a la siguiente persona, era mi hija y su esposo, los cuales me recibieron con mucho gusto y en ningún momento se negaron pues de muy buena gana aceptaron y firmaron sus noti-

ficaciones. Ese día termine capacitando solo a tres personas de 15, y basada en ese primer resultado me pareció que no sería tan fácil, y que tendría que aplicarme más.

Al siguiente día, en la junta con el supervisor, tenía algunos errores con la papelería y tendría que visitar a ciudadanos para corregir, pero no sé por qué razón yo entendí que ese día nos pedían que hiciésemos 50 visitas, por lo que saliendo de la junta, fui apresurada a mi casa, almorcé y salí inmediatamente a visitar ciudadanos. Terminé hasta las 10:00 p. m. los 50 ciudadanos visitados que me pidieron. No comí con tal de avanzar, ese día no encontré a mucha gente, pues la mayoría trabaja o son estudiantes, me dolían mucho los pies de caminar, estaba hambrienta y el resultado era poco favorable, lo que me hizo estar muy preocupada y desanimada.

El siguiente día, en la junta con el supervisor, fui la primera y cuando vio mi trabajo se sorprendió, comenzó a preguntar cuánto tiempo invertí y por qué realicé 50 visitas. Yo me estaba aguantando una risa que estuvo a nada de escapármeme, pues era obvio que había entendido mal, ya que esas 50 visitas, hacían referencia a la suma total de las visitas que hiciera cada uno. Aprendí a organizar mi tiempo, pues soy ama de casa. Otra cosa que afortunadamente sucedió fue que mis hijos entendieron mi trabajo, y de una u otra manera nos acomodamos para cumplir con las tareas de la casa. Como ya lo mencioné, son grandes, y desde pequeños los enseñé a no depender tanto de mí.

Durante mis siguientes visitas procuré vestir de manera algo formal ya que me tocó una zona de familias acomodadas. Mi trato fue de respeto y cordialidad; también me topé con

personas que recién fallecieron y fue algo incómodo y triste, algunos otros molestos con la institución o con los propios candidatos, algunos más sacándose excusas de la manga para evitar participar, y hasta en una ocasión me echaron a los pechos para no salir a atenderme, solo fue un susto y nada más.

La segunda insaculación correspondía a la entrega de nombramientos. Claro que se presentaron declinaciones por parte de algunos funcionarios, algunos por viaje o trabajo y otros por enfermedad; afortunadamente tenía reserva suficiente para cubrirlos y así fue. También hice arreglos con la escuela donde instalaría mis casillas. Aquí también me ocurrió algo gracioso, pues por ese tiempo tuvimos lluvia, y al pasar por la escuela, los carteles que había colocado estaban totalmente borrados, por lo que me dediqué a volver a escribir los datos necesarios.

Esta etapa fue de trabajo y nerviosismo, pues cada día que pasaba, la Jornada Electoral se acercaba. Tal era mi concentración en los detalles que podía pasar un día entero y no llamaba a mi esposo para saludarlo, como solía hacerlo siempre, por lo que me comenzó a enviar mensajes siempre iniciando con esta frase: «Señora del INE, soy un insaculado (sorteado)», pues decía que solo de esta manera le pondría atención.

Por fin llegó el 1 de julio. Salí de mi casa a las 05:00 a.m. con mi hija, llegué a la junta distrital a las seis, y después de recibir las últimas instrucciones nos dieron taquitos y una soda para almorzar. Almorzamos con los compañeros a pesar de que fuera tan temprano porque sabíamos que muy posiblemente iba a ser nuestra única comida del día. Al terminar, nos fuimos cada uno a nuestras casillas.

Al llegar a la escuela en que me tocaban mis cuatro casillas, solo estaban pocos funcionarios y muchos representantes de partido. Comencé con las instrucciones para que los Presidentes se movieran lo más pronto posible para integrar las mesas directivas de cada casilla con sus respectivos funcionarios. A las 07:30 a. m. comenzamos a instalar casillas; dos de ellas tardaron para completar sus funcionarios porque a unos se les olvidó el nombramiento y tuvieron que regresar a sus casas y volver con ellos; a otros se les hizo tarde y estaban reportando que venían en camino.

El conteo de las boletas fue tardado, pues los funcionarios tenían que asegurarse que el total era correcto; aproximadamente 1900 boletas que cada Secretario debía contar (Primer Secretario: Presidencia, Senadurías y Diputaciones Federales; Segundo Secretario: Municipios, Diputaciones Locales y Consulta Popular), por lo que el conteo fue causa de retraso. Durante esta etapa de la jornada, entró una persona gritando y diciendo que la hora de inicio era a las 08:00 a. m., que qué estaba pasando, y reclamaba en alta voz poniendo nerviosos a los funcionarios. Yo, como representante del INE, salí a la fila que ya era bastante larga para aclarar a los votantes que el retraso se debía a lo complicado de contabilizar, que era la primera vez que tendríamos tantas elecciones en una jornada y que por favor tuvieran paciencia pues los funcionarios eran sus mismos vecinos y estuvieron dispuestos a trabajar para ellos. Les aseguré que estaban por comenzar y, dicho y hecho, una casilla abrió muy poco después de mi aclaración a los votantes. Al poco tiempo ya estaban todas funcionando adecuadamente, más o menos a las 09:30 a. m.

Una anécdota que ocurrió en este lapso fue que yo les preparé un desayuno a mis funcionarios, y al momento de salir para hablar con la fila de votantes mi esposo estaba estacionado justo frente a la entrada, trayendo el mencionado desayuno, y me comentó que observó cuando la turba me rodeaba, reclamando y gritando, y ya no me vio, por lo que expresa que le daban ganas de gritarles «déjenme un pedacito».

Al iniciar las votaciones, los presidentes de cada casilla me llamaban para aclarar dudas, pues como ya dije, la presión de las personas por el retraso los puso algo nerviosos, por lo que apoyaba a una y otra casilla. Eran abrumadoras las solicitudes de los funcionarios; escuchaba mi nombre en dos casillas al mismo tiempo, pero al transcurrir el tiempo bajó la demanda. Los funcionarios fueron tomando práctica, perdiendo el miedo y tomando el control de sus casillas. Me sentí reconfortada cuando tomaron las riendas, la fila dejó de estar larga y conforme llegaban estaba fluyendo. Aquí pude tomar tiempo para hacer mis reportes en las aplicaciones del INE y llamadas para notificar que todo estaba funcionando normal.

Más tarde los funcionarios me preguntaban cuándo sería su hora de comer. Les instruí que debían aprovechar horarios muertos, es decir, cuando el flujo de votantes era menos. Para nuestra mala suerte, eso nunca pasó, todo el día hubo mucha asistencia de electores, pero esto me emocionaba; saber que la población decidió salir a votar es un logro y yo era parte de ello, podría decir que entre un 70 y hasta 80% de las cuatro casillas salió a votar.

Los funcionarios tuvieron que rolarlos turnos para poder comer; los Presidentes de casilla fueron muy comprometidos

con su trabajo y el orden siempre prevaleció; incluso los representantes de partido hicieron bien su trabajo pues nunca presionaron ni acosaron a los funcionarios.

Durante la etapa de conteo y armado de paquetes todo estuvo con mucho orden, aunque fue largo y tedioso; eran muchas actas por llenar, y al armar los paquetes electorales estos dieron algo de lata, pero al final el trabajo se terminó y el cansancio en los funcionarios era evidente. Me gustaría resaltar que, a pesar de que muchos de los funcionarios tendrían que asistir a trabajar al día siguiente, ninguno se fue antes de terminar.

Solo trasladé un paquete electoral a la junta distrital. La razón fue que la Presidenta de casilla estaba demasiado agotada, pues días anteriores en su trabajo normal tenía carga de trabajo y traía desvelos anteriores, por lo que no me pareció justo dejarle la responsabilidad, y como nadie la tomó, sabía que yo era la responsable. Ese día que ya era lunes 2 de julio, al dejar el paquete en la junta distrital esperé ahí a mi hija, cenamos juntas, nos acompañaron a recogernos mi esposo y uno más de mis hijos, y llegamos a casa casi a las 04:00 a. m.

MENCIÓN HONORÍFICA

¡Necesitamos partícipes!

Meliza Medina Reyes

El domingo 1 de julio, cerca de las 08:30 horas, me decidí a tomar mis deberes como ciudadana, y evitar el típico comportamiento que llamamos «mexicano», esa pereza que nos caracteriza por dejar todo hasta el último momento. Debo mencionar que las elecciones de 2018 serían las segundas en las que tendría oportunidad de participar en la selección de un presidente y las primeras en las que colaboraría como funcionaria de casilla por circunstancias ajenas al sorteo.

Con planes por realizar, decido salir a votar por la mañana para no eludir mis responsabilidades por cuestiones de ocio, y a que no todos los días tenemos la oportunidad de elegir a aquellas figuras políticas que no solamente representarán entidades ante distintos organismos nacionales e internacionales, sino los interés del pueblo, todas aquellas personas de una República donde se ha perdido la participación ciudadana, la cooperación voluntaria, el interés de involucrarse en todo aquello que se desconoce. Es así como nace el mayor fallo del sistema electoral, generado por uno mismo, la

sociedad, esa misma que exige sus derechos conferidos sin cumplir con los deberes que le fueron impuestos.

Nosotros como ciudadanos, capaces de conllevar un proceso electoral más factible, nos cegamos con la venda del egoísmo, con excusas de tiempo, vida, trabajo y familia, pilares importantes en la formación del hombre, sin minimizar nuestro lugar como partícipes en la mediación de las elecciones, con puestos como funcionarios, capacitadores, incluso voluntarios, todas esas personas que hacen posible la transparencia del proceso electoral, dedicando días, tiempo, desatendiendo intereses personales. Quiero agradecerles porque quizás a muchos no les dieron las gracias, pero cuando finalmente sales a la calle, quizá ese mismo domingo por la noche, o la madrugada del lunes, después de pasar horas sentada en un cuarto de no más de cuatro por cuatro metros, agobiada por el estrés y presión de querer llegar a tu casa a descansar porque seguramente el día siguiente laborarás, y ves los carteles de los resultados, te vas con una sonrisa en la boca, no porque tus candidatos favoritos obtuvieran la mayoría de votos, sino porque todos esos ciudadanos que acudieron a ti a ejercer su derecho, sacrificando minutos o quizás horas, no lo hicieron en vano, porque tú ayudaste a que sus votos tuvieran validez, efectuándose de la manera correcta en el proceso. Y te vas satisfecha a casa, recordando que no ayudaste solo a un puñado de letras y apellidos, una localidad, municipio o estado, sino que fue a todo un país.

Una vez que localicé el punto donde me tocaría votar, acudo con la ingenuidad de que solo tomaría unos minutos, porque la hora a mi parecer era ridículamente temprana. Al

llegar a las instalaciones de la escuela primaria me doy cuenta del error que tuve, al ver distintas filas de personas, una en cada casilla. Estaba maravillada por el interés de la gente de ir a votar desde temprano, realizando esta tarea en familia, en compañía de su esposo, hermanos, tíos, incluso padres, por lo que no me desesperé. Pero algo no estaba bien; aún no comenzaba el funcionamiento de las casillas, ya habían pasado 30 minutos de la hora previamente establecida, la gente comenzaba a desesperarse debido a la falta de esclarecimiento en las instrucciones para ubicar la casilla correspondiente de acuerdo a su apellido. Entre errores del ciudadano y la parte organizacional se impedía el comienzo de las elecciones de 2018, al menos en mi colonia. A mi parecer, algo que podría facilitar la ubicación correcta de casilla y evitar al ciudadano realizar dobles filas e incluso más, sería la implementación de un pequeño croquis en la entrada, donde se mostraría la casilla correspondiente, así como la manera de llegar a ella. Otra posible solución sería la capacitación de distintas personas, ubicadas en un punto clave como la entrada o patios, donde cumplirían con la labor de ayudar a ubicar el módulo correspondiente a cada uno de los votantes, previamente revisando la credencial de todas aquellas personas que ingresen.

Continuaba a la espera de ingresar al salón de clases donde se encontraban las casillas, boletas, urnas y los funcionarios que todavía no comenzaban a ejercer su puesto designado. Sale un señor para irrumpir los murmullos que emergían de la afluencia, apresurado por encontrar un suplente dispuesto a sacrificar quizá su único día de descanso por un bien social, que se convertía en necesidad. Al observar que nadie reaccionaba con una respuesta positiva fue

preguntando individualmente, donde la mayoría lo rechazaba con un rotundo no, otros con excusas que muy apenas resultaban creíbles, hasta que llegó al lugar donde me encontraba y es más que predecible saber lo que hice. De la manera más atenta me dijo que una vez dentro del aula me explicarían las tareas a realizar.

Necesitamos ciudadanos comprometidos con los procesos electorales; no pueden demandar solo sus derechos sin estar interesados en la participación, donde resulta peyorativo salir sorteado como funcionario de casilla, que se convierte en una verdadera odisea creada por prejuicios y la inerte participación de los demás. Para generar un cambio hay que empezar cambiando uno mismo, porque no basta con tener una idea si no se persevera con la voluntad de cumplirla.

Al ingresar al salón me topé con un diminuto grupo de personas, solo eran cuatro: la Presidenta, dos Secretarios y un Escrutador. Me incorporé inmediatamente y se me asignó la faena de corroborar que cada boleta ingresara en la urna correspondiente de acuerdo a la candidatura de los distintos poderes. Era fácil en efecto, pero para algunas personas no resultaba así, y era en ese momento cuando me sentía servil ante un sujeto que desconocía y jamás volvería a ver, el sentido humanitario de no esperar nada a cambio y te paguen con algo sin poder liberatorio, pero más valioso aún como es una sonrisa.

Así ocurrió la matinal del domingo y la mayor parte de la tarde; personas con dudas y otras que se habían equivocado al elegir el partido político, pero no al candidato. Hasta que, después de varias horas, pude votar, finalmente estaba ahí, emocionada por tomar una decisión que considero impor-

tante. De tanto observar la secuencia de todas las personas que habían concurrido el lugar a lo largo de día lo hice por inercia. Tomé las boletas, y al ingresar a la casilla no podía creer lo que mis ojos percibían, desvaneciéndose entre mis dedos aquellas hojas opalina, tratando de encontrar lo que jamás vería; carecían de instrucciones, sin importar el cargo político, todas y cada una de ellas. Me encontré en un estado de catarsis donde aún no puedo tolerar la omisión de algo tan importante como lo es un algoritmo, porque uno como persona no sabrá qué hacer con algo que no te dice lo que está bien o mal, invadido por el temor de generar un voto nulo, sin saber las facultades de las que eres acreedor. Bien es sabido que solo basta con marcar con una «X» pero ¿dónde? ¿Acaso en el partido o el candidato?

Como Escrutadora me di cuenta, al momento de ver las plantillas para el conteo de votos, que se podían seleccionar varias entidades de poder público siempre y cuando perteneciesen a la misma figura política, algo que hubiese ignorado por completo como simple ciudadana. Resulta verdaderamente necesaria la implementación de instrucciones en las boletas, generando énfasis en todo aquello que pueda invalidar el sufragio. Una herramienta de utilidad son los *spots* televisivos, los cuales no solo se deben usar para incitar al ciudadano a cumplir su derecho al voto; además deben informar la forma adecuada de su realización, aprovechando el auge de las redes sociales, resultaría convincente su distribución por las de mayor demanda en la sociedad mexicana.

Una vez transcurridas las horas permitidas para el voto, se cerraron puertas y comenzó el conteo, además de la anulación de todas aquellas boletas que no fueron utilizadas. Fue la

parte más tediosa del día, conllevada por la presión del tiempo, tratando de terminar para restablecer las labores cotidianas. En ese proceso me pude percatar de la cantidad desechada de boletas, las cuales son fabricadas con papel y en cuestión de minutos deduje el posible impacto ambiental que todos estos residuos generan. Por lo cual, es pertinente optar por medios alternos para realizar las próximas elecciones. La idea más favorable, tanto en cuestiones ecológicas como económicas, es la implementación de la tecnología para generar procesos electorales electrónicos donde una o varias máquinas diseñadas para el uso exclusivo de las elecciones podrían ser colocadas en las mismas dependencias públicas donde se llevan actualmente los procesos electorales. Reduciría la huella ecológica, así como la cantidad de personas empleadas para garantizar el funcionamiento correcto de las elecciones, diseñado un *software* únicamente para la República o varios por estado, de acuerdo a sus especificaciones podría permitir a los ciudadanos votar de un lugar distinto al de su residencia electoral.

En cuanto a la Consulta Popular, la mayoría de las personas olvidaba la boleta en la casilla por ser de menor tamaño. La hoja se limitaba a hacer una simple pregunta de carácter local, con dos posibles respuestas, una afirmativa y una negativa. Pero no basta con decir un simple sí o no, donde olvidamos a mi parecer la pregunta más importante: el por qué, porque la determinación de una buena acción no está en su ejecución, sino en la erradicación del problema que viene a solucionar, el motivo sin el cual no existiría tal obra.

La libre elección de ser el ciudadano el que plantee un cambio en lugar de solo responder sería algo que puede apli-

carse en la Consulta Popular, ya que cada uno de nosotros conoce perfectamente los problemas que nos rodean y preocupan.

Mi participación en las elecciones de 2018 fue una grata experiencia que no solo me permitió conocer la manera en que se realiza este proceso, sino que además dejó en mí un sentido humanitario por la colaboración. Sin duda alguna volvería a participar; no es una tarea fácil, pero nuestra democracia tampoco lo fue.

MENCIÓN HONORÍFICA

Mi participación en el proceso electoral

Norma Leticia Ramírez Cancino

Nuestras decisiones definen quiénes somos. Hay decisiones para toda la vida; otras que, por tomarlas a la ligera, nos hacen cometer errores, y otras más que son colectivas. Estas son el cúmulo de todo el anterior, pues involucran nuestra personalidad, responsabilidad, la posibilidad de equivocarnos y, además, lo hacemos en conjunto con nuestra sociedad. Me refiero a nuestras decisiones cívicas, es decir, la participación en un proceso electoral.

Este 2018 no quise ser una observadora más; quise levantar la mano, ser parte activa de una decisión colectiva y trascendental para mi ciudad, informarme y participar, no solo con mi voto, sino también en el proceso, y no ser más de ese grupo de ciudadanos que, al término de las jornadas, solo comenta y señala, sin conocimiento de causa, sin saber todo lo que hay detrás. Asegurarme de que en México sí hay elecciones limpias, transparentes y confiables; yo estar ahí para comprobarlo y poder decirlo.

Como cualquier ciudadano, me inscribí en el proceso para ser Consejera Municipal con la firme convicción de aprender y participar, sin ninguna experiencia, pero con un alto sentido de compromiso y responsabilidad por el cargo que estaba solicitando, imparcial, honesta y con experiencia en muchas áreas distintas a esta, pero que me hacían sentir segura que podría hacer un buen papel para representar a la ciudadanía.

Para mi buena fortuna, fui considerada en el proceso de selección, el cual fue un gran reto, pues quienes realmente quisimos participar, estuvimos dispuestos a esperar, y estábamos convencidos de que teníamos lo necesario para estar ahí. Fue un sábado 16 de diciembre hasta las 10:00 p. m. el día en que fui entrevistada. Vi a mucha gente tirar la toalla, salir de ese auditorio, porque tenía una posada u otros compromisos. Yo permanecí, esperé y me expresé esa noche ante mis entrevistadores con un solo deseo; ser una ciudadana ejemplar.

Pude darme cuenta desde ahí que la tarea no sería fácil, que los Consejeros Estatales tenían una gran carga encima, y lo que estaba por venir seguramente requeriría esfuerzo, pues quienes aspirábamos a ser Consejero Municipal tendríamos que ser un grupo de apoyo para los estatales. Esto hizo que mi convicción y deseo se hicieran más fuertes, al pensar en lo enriquecedora que sería mi experiencia.

Enero fue el arranque, recibí mi nombramiento, una pequeña inducción, y la historia comenzó. Todo fue un tanto accidentado, pues la sesión de instalación fue fría, muy fría, y me refiero no a la falta de ánimos, sino a las temperaturas que tuvimos. Fue una sesión de instalación a la luz de las

velas, y no porque seamos muy románticos, sino porque la oficina municipal aún no tenía luz, pero ni el frío, la falta de servicios, ni los nervios nos detuvieron.

Los representantes de los partidos políticos, quienes ya estaban ansiosos por iniciar el año electoral, se hicieron presentes, y dimos inicio oficialmente a nuestro proceso electoral 2018.

Vinieron las sesiones, capacitaciones e intercambios constantes de información con INE, la planeación, la logística y los preparativos para nuestra gran fiesta, el 1 de julio, la elección que, por primera vez, estaría acompañada de una Consulta Popular, en donde todos teníamos mucho que opinar, pero ninguna experiencia; mil expectativas, pero muy poca certeza de lo que iba a pasar.

Y se llegó el día, 06:00 a.m. y todos nos hicimos presentes en la oficina municipal, con el corazón rebosante de emoción y, al mismo tiempo, preocupados, porque debíamos dar lo mejor, y entregar resultados a un pueblo que ese día, saldría a las urnas a tomar una decisión.

Continuamente elegimos cosas, como formar una familia, tener hijos, la carrera que seguiremos, y son decisiones que marcan tu vida, pero la mayoría de los días elegimos cosas menos trascendentales: qué ropa ponernos, en qué medio ir al trabajo, qué desayunar o cenar, o qué días y lugar para nuestras vacaciones. Sin embargo, ese 1 de julio la decisión que tomarían los ciudadanos sí era trascendente, y era nuestro deber y obligación cuidar que esa decisión, plasmada en una boleta, fuera respetada.

Recuerdo claramente, en un ejercicio de un curso, cómo calculamos recibir el primer paquete electoral alrededor de

las 08:00 p. m. Dijimos, «Están cerca, su lista nominal no es tan larga, cierran a las 06:00 p. m., no necesitan más de dos horas». ¡Qué ilusos nosotros! La utopía en todo su esplendor, o lo que es peor, que poco empáticos fuimos con los ciudadanos que, voluntariamente y sin compensación alguna, solo por su gran valor cívico, dijeron «sí», sí al llamado, dijeron «sí» a sacrificar su domingo en una casilla, dijeron «sí», y fueron dignos representantes de México como funcionarios de casilla.

A las 10:40 p. m. fue la hora en que el primer paquete electoral llegó a nuestra oficina municipal. Emocionados, salimos a recibirlos, tomamos fotos, y las mesas de recepción levantando la mano decían «aquí con nosotros», con la ansiedad de querer empezar a trabajar.

Ahí empezó nuestro calvario, ahí valoramos y comprobamos que ser funcionario de casilla no es eso que nos planteamos en el ejercicio de logística, que dos horas para nosotros era mucho tiempo, pero para ellos, después de 10 horas ahí, eran nada y me volví a sentir culpable por mi falta de empatía para con ellos cuando planeamos las cosas, no saber, te hace tomar malas decisiones. La frase «la información es poder» cobró sentido en mí.

No podía imaginar todas las cosas que pasarían hasta vivirlas; no dimensionaba que alrededor de las 02:00 a. m. apenas estaríamos a 70% de los paquetes. Tampoco que, a pesar de que se inviertan horas y horas de capacitación, nunca será suficiente; los errores salen caros.

Paquetes revueltos, boletas no utilizadas, actas en blanco, o gente pérdida buscando la oficina para entregar sus paquetes, fueron los problemas menores, comparado con sentir

que salían los primeros rayos del sol y aún teníamos que encontrar muchos paquetes, que al final, como en un cuento de hadas, aparecieron en el INE y entregados en otro municipio.

Llegó el día del conteo, en donde el aprendizaje fue el protagonista, desde el primer momento, cuando iniciamos la captura y surgieron mil dudas que no fueron despejadas en el ejercicio de simulacro. Nos faltó capacitación en el tema, se cometieron errores, y nos costó muchas horas corregirlos. Hoy me queda la seguridad de que, si soy electa para formar parte del siguiente proceso, haré muchas cosas distintas, pues estos errores cobraron su precio, y la enseñanza me permitirá hacer un mejor trabajo.

Finalmente me llené de orgullo y satisfacción el día que entregamos constancias de mayoría, porque tenía la certeza de que, pese a todos los tropiezos, habíamos hecho un trabajo limpio y transparente, respetando y haciendo valer la decisión del pueblo, pues para esos nos pusieron ahí.

Me llenó de coraje, e impotencia después, el ver cómo los intereses de ciertos partidos desacreditaron nuestro trabajo, impugnando el resultado. Llenaron los medios de comunicación y redes sociales de mentiras y calumnias, al pelear lo indefendible, y manchar todo nuestro esfuerzo.

Hoy, en retrospectiva, solo les puedo decir gracias, gracias por enseñarme que también en esto había un lado amargo, el lado negro de la moneda, pero que también me ha dejado aprendizajes para el futuro. En lo subsecuente tomaré más precauciones, y tengo la seguridad de que podré evitar muchas de las vicisitudes vividas en sus réplicas.

La inmensa mayoría de nuestras decisiones son pequeñas, intrascendentes u olvidables; el conjunto total de las grandes

y pequeñas decisiones es lo que nos define. Somos en definitiva la suma total de esas elecciones, y yo elegí ser parte activa de los procesos electorales. Estoy sumamente agradecida con quienes me dieron la oportunidad de aprender, crecer y vivir este proceso.

Me llevo experiencia, conocimiento, vivencias y una larga lista de cosas por corregir, con un deseo más fuerte que al inicio de este proceso por seguir participando, porque México no necesita gente que se queje, tampoco mujeres que solo peleen por la igualdad de género desde un papel, o una red social.

México necesita ciudadanas y ciudadanos dispuestos a participar y trabajar por una elección libre, transparente y confiable, y mi convicción es seguir apoyando. Muchas gracias.

MENCIÓN HONORÍFICA

La elección más grande. ¡No! ¡La más grande oportunidad para...!

Abiel Elías Rodríguez Banda

Era una de las mañanas más calurosas de ese verano, mientras me alistaba para asistir puntualmente a la cita. Me sentía cansado del trabajo de la semana; sin embargo, era el momento más esperado, el día para el cual nos estuvimos preparando durante meses en la Comisión Municipal Electoral (CME) de Sabinas Hidalgo.

Ese domingo 1 de julio de 2018 sería mi primera participación dentro de un proceso electoral, desde una perspectiva más amplia que la de un ciudadano común. Meses atrás recibí mi nombramiento para participar como Consejero Suplente de dicha Comisión, y realmente me entusiasmaba llegar a este momento para vivir más de cerca un proceso electoral, que, por mucho tiempo se dijo sería ¡el proceso electoral más grande de la historia en nuestro país!

Antes de las siete de la mañana, que fue la hora acordada, ya estaba en las instalaciones de la CME, donde ya se encontraban algunos de los compañeros que la integraban junto

conmigo, entre ellos la doctora Lupita, quien fue designada como Consejera Presidenta; el profesor Mario, quién fungía como Consejero Secretario; y la profesora Rocío, designada como Consejera Vocal. Poco a poco empezaron a llegar los representantes de los partidos, los ministerios públicos asignados a esta sede, uno a nivel federal y otro a nivel local, y además se integró un fiscal. Todos ellos formaron parte del equipo que trabajaríamos de manera conjunta durante la Jornada Electoral.

Conforme pasaba el tiempo se fueron integrando cada vez más personas que no habían participado durante las sesiones ordinarias y extraordinarias y, poco a poco, las instalaciones físicas de la Comisión se encontraban llenas de personas que representaban los intereses de las distintas agrupaciones políticas que participarían en la contienda electoral en los distintos niveles, muchos de ellos viejos conocidos que se integraron rápidamente en un ambiente de cordialidad y buen trato.

Por mi parte, yo me sentía muy ansioso de iniciar la jornada. En punto de las ocho de la mañana se instala la sesión permanente de la Jornada Electoral y se inician los trabajos, informando a los representantes de los partidos sobre la forma de trabajar durante la sesión y el horario y forma en que se realizarán los reportes de incidencias que se pudieran presentar en el transcurso del día.

Una de las primeras incidencias fue que, pasadas las nueve de la mañana, en una casilla que se encontraba en un edificio frente a las instalaciones de la Comisión, la mesa directiva de la casilla no se había completado ya que uno de los funcionarios no asistió y por lo tanto no se podía dar a inicio

a las actividades para que los ciudadanos pudieran emitir su voto. Ante tal situación y la inconformidad de los representantes de los partidos representados en la CME, acudimos a dicha casilla y, por intervención de la Consejera Presidenta, se convenció a una ciudadana de la fila para que participara como funcionaria de casilla, pudiendo así iniciar las labores de la Jornada Electoral en la misma, situación que le valió una felicitación a la Consejera Presidenta.

Durante el día se realizó un recorrido por las casillas para verificar los mecanismos de seguridad de las boletas ante la presencia de ciudadanos y representantes de los partidos políticos. Y la ciudadanía presente en las casillas visitadas constataron la existencia de dichos mecanismos de seguridad en boletas elegidas al azar, lo que generó confianza en los ciudadanos que fueron testigos de la verificación, sobre la confiabilidad y seguridad en el proceso de elección.

Todo el personal asignado a la CME nos turnamos para salir a cumplir como ciudadanos y emitir nuestro voto; y, antes de la una de la tarde, ya todos habíamos emitido nuestro sufragio, algunos de manera individual y yo en familia; acudí con mi esposa a la casilla que nos correspondía. Esta, que se encontraba bajo una gran estructura metálica y que contaba con dos contiguas, generaba confusión entre los votantes que en varias ocasiones se confundían sobre en qué grupo de urnas depositarían su voto, ya que se encontraban demasiado cerca unas de otras. Otro factor de confusión fueron los colores de las boletas y urnas, situación que se presentaba en personas de avanzada edad, ya que no distinguían bien las diferencias entre unas y otras, y tenían que ser apoyadas por alguien más al depositar sus boletas.

Como cualquier ciudadano, fui testigo de la forma en la que trabajaron las mesas directivas de casilla, en el lugar donde nos correspondió votar, fuimos testigos de los problemas y confusiones que la misma ciudadanía sufrió para emitir su voto, la falta de información, capacitación y limitaciones que sufrieron tanto los funcionarios de casilla como los representantes de cada partido.

Durante todo el día el calor fue insoportable, como se espera de un día de verano en la zona geográfica en la que se encuentra nuestro municipio. Eran más de 40 grados el calor que se dejaba sentir, y empezaban a caldear los ánimos de los representantes de los partidos, que a cada momento comentaban que había irregularidades en el proceso, para esto, se les invitaba a que hicieran uso de los recursos legales ante los ministerios públicos y el fiscal presente en las instalaciones para que acudieran a denunciar cualquier anomalía que detectaran durante el proceso.

Una vez terminado el recorrido, y estando ya en las instalaciones de la Comisión, de tiempo en tiempo se retomaba la sesión, para mantener informados a los representantes de los partidos, tanto del avance de las instalaciones de las casillas, como de las incidencias que se presentaban en algunas de ellas. Se notaba una falta de capacitación de las personas de los distintos partidos y del conocimiento de las distintas leyes, reglamentos y procesos electorales, situación que originó que se presentaran más eventos de enojo y frustración por parte de algunos de ellos, originados principalmente por su desinformación y falta de capacitación. Afortunadamente para todos, nunca se presentó ninguna incidencia con resultados en perjuicio de la integridad de

ninguno de los presentes.

A cada minuto eran más las personas en el lugar, y llegó el momento en que las instalaciones y capacidad de las mismas no dieron abasto para mantener un clima fresco y agradable para todos. Cada uno buscaba cómo mitigar el calor y sobrellevar la situación ante los resultados que, de manera informal, algunos representantes comentaban que les favorecían, mientras que otros decían que no era cierto.

Se programó y realizó un recorrido por la tarde, así que, entre las tres treinta y las cuatro de la tarde, se recorrieron las casillas reportadas con incidencias, todas ellas hacia las colonias de la región ubicada al norte de nuestro municipio.

Durante dichas visitas, dentro de las casillas se habló con los funcionarios, se les agradeció por su dedicación y esfuerzo en el desarrollo del proceso electoral, y al salir observamos la situación con normalidad; aun y cuando algunos ciudadanos comentaban que había compra de votos, acarreo, invitación por teléfono para que votaran por uno de los candidatos. Y ante tales señalamientos se les invitó y orientó a los ciudadanos y representantes de partido para que acudieran a la Comisión Municipal a realizar la denuncia correspondiente ante los ministerios públicos presentes en la misma.

El resto de la tarde transcurrió sin más complicaciones hasta las seis, tiempo para cerrar las casillas e iniciar el conteo de votos. Solo nos tocaba esperar para iniciar las horas de mayor demanda de la jornada para los que integramos la Comisión Municipal: la recepción de los funcionarios de casilla con los paquetes electorales. Según la experiencia de los compañeros, los funcionarios de casilla con los paquetes em-

pezarían a llegar aproximadamente a las ocho treinta o nueve de la noche, de acuerdo con elecciones pasadas.

Pasó dicho tiempo y se hacía evidente entre los que estábamos en las instalaciones que algo pasaba, en algunos comentarios de los presentes, se resaltaba de nuevo que estábamos viviendo las elecciones más grandes en la historia de nuestro país. ¡Empezamos a comprobar lo que tanto se había dicho! Al paso del tiempo, algunos de los representantes de los partidos comenzaban a cuestionar el porqué de la tardanza, «¿Qué tanto hacen?», preguntaban, y a la vez exclamaban, «¡Ya es muy tarde y no llega nadie! ¡Lo que están haciendo no es para tardarse tanto!».

Cerca de las diez cuarenta de la noche llegó la primera persona con los paquetes electorales correspondientes a su casilla, lo recibimos con un fuerte aplauso y procedimos a verificar el paquete, y, al hacerlo nos dimos cuenta de que eran varios los errores cometidos en la integración de los mismos. Pensamos y comentamos entre los presentes que había transcurrido mucho tiempo desde el cierre de las casillas y que, aun así, se habían cometido más errores de lo que se habían considerado en un inicio. No sabíamos lo que nos esperaba.

A partir de ese momento empezaron a llegar más personas que fungieron como funcionarios de casilla, y cada vez se veían más cansados, con caras de fastidio, enojo y cansancio; eso era lo que veíamos conforme llegaban y se formaban para ser atendidos. Algunos exclamaban que había sido una «frie-ga» el haber participado como funcionarios, y que para qué, si de todos modos no había nada que lo compensara. Otros decían «No vuelvo a participar» o «Es la primera y última

vez que participo como funcionario de casilla», «Mañana tengo que trabajar y nadie me va a ir a cubrir».

Conforme avanzaba la noche y ya en horas de la madrugada, en lo más concurrido de la fila de espera, los rostros de las personas que colaboraron se veían cada vez más cansados, fastidiados y molestos por el gran esfuerzo y sacrificio que habían realizado. Algunos decían que nadie los reconocía, que al contrario, los demás ciudadanos y representantes de partido solo los presionaron durante toda la jornada sin valorar el esfuerzo que estaban realizando.

Desfilaron por las instalaciones de la CME de mi municipio, antiguos compañeros de trabajo, maestros, alumnos, familiares, y en los rostros de todos ellos se reflejaba una gran desesperación, enojo y cansancio; reflejo del gran esfuerzo y sacrificio que la Jornada Electoral representó para cada uno de ellos. A todos y cada uno les ofrecimos palabras de aliento para terminar la jornada, y palabras de agradecimiento por la labor realizada. Sin embargo, para muchos de ellos no bastaba lo que les pudiéramos expresar.

Ya había amanecido cuando recibimos el último paquete electoral, al cual también recibimos con enorme alegría, con este, terminaba una Jornada Electoral que evidentemente fue ¡la elección más grande en toda la historia de nuestro país!

Al llegar a casa, cansado pero satisfecho por mi labor de esa jornada, ya mi esposa y mis hijos se habían integrado a sus actividades cotidianas de otro lunes más, mientras yo me dispuse a descansar unas horas, ya que por la tarde habría nuevamente que regresar a nuestras funciones.

Al reflexionar sobre lo anterior, considero que, además de la más grande oportunidad para mejorar en los procesos

electorales y todo lo que conlleva, no se trata solo de mejorar un proceso, sino de darle el sustento legal a dichos cambios, por eso considero que algunos de los aspectos de mejora importantes que podemos obtener de lo vivido el pasado 1 de julio se incluyen en las siguientes observaciones:

- Diseñar y operar un mejor y adecuado proceso de selección de personas para ocupar los puestos de capacitadores, supervisores y funcionarios de casilla (tomar en cuenta aspectos como: edad, perfil de formación académica, experiencia en procesos electorales, y considerar estos aspectos para los puestos más importantes en la casilla, y no solamente el sorteo que se utiliza para seleccionar).
- Gestionar y otorgar una remuneración por participar en el proceso electoral; remuneración que sea justa y suficiente para los que se desempeñen como funcionarios de casilla, además de un reconocimiento público a su labor.
- Gestionar o conceder una justificación oficial para integrarse a su trabajo habitual del día posterior a la Jornada Electoral, al menos media jornada de trabajo transcurrida o expedición de un escrito oficial que justifique la falta a las labores de trabajo.
- Mejorar en el diseño de procesos, para que estos sean más ágiles en todos los aspectos de la elección el día de la Jornada Electoral (diseño, elección de materiales y proceso de verificación de boletas, selección de materiales e integración de paquetes electorales, mejorar el diseño y proceso de llenado de actas de escrutinio

y cómputo, diseño de instrucciones más claras y precisas para cada una de las actividades implícitas en el proceso electoral, entre otras).

- Diseñar y operar cursos de capacitación a los representantes de partidos políticos sobre los procesos y legislaciones electorales, con la finalidad de disminuir el número de incidencias que se presentan por su desconocimiento de los procesos electorales.

Al analizar y reflexionar sobre cada una de las quejas y expresiones que emitieron las personas que participaron en todo el proceso electoral, me pregunto si el título de la «elección más grande de México» le quedó pequeño. Al ver los aspectos que pudimos haber realizado de mejores maneras, de forma más práctica, más rápida, más segura, que no agotaran o saturaran al ciudadano que decidió participar activamente, vienen a mi mente algunas reflexiones y considero que, en realidad, se trató de la más grande oportunidad para nuestro país.

La más grande oportunidad para elegir ser verdaderos ciudadanos.

La más grande oportunidad para demostrar que en nuestro país se vive en democracia.

La más grande oportunidad para dar más de nosotros mismos.

La más grande oportunidad para decir ¡basta de los malos hábitos en la práctica de la democracia!

La más grande oportunidad para reconocer el esfuerzo de los demás.

La más grande oportunidad para ser más justos y recono-

cer el esfuerzo y el trabajo de otros.

Pero, sobre todo, ¡la más grande oportunidad para lograr que nuestro país sea mejor!

Quiero agradecer a las personas con las que tuve la oportunidad de relacionarme de alguna manera en el desarrollo de este proceso, a todo el equipo de la Comisión Municipal Electoral de Sabinas Hidalgo: compañeros que me recibieron de la mejor manera y que me permitieron crecer más como persona y como ciudadano, tanto a los compañeros consejeros como al demás personal asignado a la oficina, al Lic. Efrén, Jefe de Oficina, a Karla, quien se desempeñó en el puesto de secretaria de manera muy eficiente, y a Doris, quien colaboró en los demás trabajos de oficina y quien, con su humor y amplios conocimientos de los procesos electorales, nos ayudó mucho en nuestra labor.

Una mención muy especial es para mi esposa, María Guadalupe, de quien tuve todo el apoyo durante todo el periodo de trabajo y sesiones de la Comisión, y de mis pequeños, que son el motor de mi vida y a quienes robé algo de su tiempo para cumplir con esta importante labor, ¡Emanuel, Leo y Raúl!

JURADO CALIFICADOR

María Lourdes López Flores

Licenciada en Ciencias Políticas y Administración Pública por la Universidad Autónoma de Nuevo León (1985); Maestra en Educación, con especialidad en Docencia a Nivel Superior, por la Universidad de Monterrey (1996); Diplomada en Comunicación Política y Análisis Político y Prospectivo por la Universidad Iberoamericana (1998), y Doctora en Política Pública por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (2012).

Es especialista en materia electoral, procesos de cambio institucional y análisis político de los costos de transacción. Actualmente es docente en los programas de maestría y licenciatura de las Facultades de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la UANL y en la Facultad Libre de Derecho de Monterrey. Ha colaborado como analista en diversos medios de comunicación tanto impresos como electrónicos y en diversos libros colectivos.

Guillermo Berrones Castañón

Escritor y Maestro normalista egresado de la Escuela de Graduados de la Normal Superior «Profr. Moisés Sáenz Garza» del estado de Nuevo León en la especialidad de Lengua y Literatura Española.

Es Docente en el Sistema de Secundarias Generales y en el Centro de Investigación y Desarrollo de Educación Bilingüe de la UANL e investigador de la cultura popular.

Ha publicado una decena de libros de distintos géneros: narrativa, crónica, relato, ensayo, investigación, entrevistas y poesía.

Héctor Jaime Treviño Villarreal

Es Contador de Comercio; Profesor de instrucción primaria egresado de la Escuela Normal «Pablo Livas» de Sabinas Hidalgo, N. L.; Maestro de Educación Secundaria por la Escuela Normal Superior del Estado con especialidad en Ciencias Sociales. Estudió la Licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL.

Es maestro, historiador, geógrafo, cronista, archivero, promotor cultural y periodista. Actualmente Preside el Consejo de Historia y Cultura de Sabinas Hidalgo, N. L. y es Director del Archivo General del Estado. Conduce el programa televisivo *Nuestra historia*, transmitido por el Canal 53 de la UANL; también colabora en *Crónicas* de TV Nuevo León y en el programa radial *Viernes de historia en La Grillotina* de Dominio Digital FM 96.5.

Ha publicado más de 70 libros, folletos y una gran cantidad de artículos y editoriales en periódicos, revistas, radio e internet.

CRÓNICAS Y RELATOS

del proceso electoral 2017-2018

Con un tiraje de 1000 de ejemplares,
se terminó de imprimir en el mes de abril de 2019
en los talleres de Desarrollo Litográfico S. A. de C. V.

COMISIÓN ESTATAL ELECTORAL NUEVO LEÓN

CUIDADO DE LA EDICIÓN

Cuahtémoc Iglesias Ontiveros
Director de Capacitación Electoral

Mateo de Jesús Flores Flores
Jefe del Departamento Editorial

Elena Herrera Martínez
Diseñadora Editorial

César Eduardo Alejandro Uribe
Mario Alberto Arizpe Lavador
Correctores

TIPOGRAFÍAS
Leitura y TheSans

En México es fácil ver contrastes y diferencias. Los encontramos en clases sociales, niveles de estudio e incluso en tonos de piel. Sin embargo, los textos compilados en *Crónicas y relatos del proceso electoral 2017-2018* hacen estas discrepancias de lado para retratar un punto en común: la búsqueda de la democracia a través de la participación. Ya sea desde la observación electoral, la promoción de campañas, las mesas directivas de casilla o como votantes, las experiencias de la comunidad fueron todas distintas, pero ligadas al mismo propósito: construir un mejor país.

COMISIÓN
ESTATAL
ELECTORAL
NUEVO LEÓN



ISBN: 978-607-7895-33-6



9 786077 895336

Avenida Madero 1420 Poniente,
Centro, Monterrey, N. L., México
(81) 12331515 y 01800 CEENLMX (2336569)

www.ceenl.mx

 /ceenl.mx